

EL AUTÉNTICO LIBERALISMO ALEMÁN DEL SIGLO XIX

RALPH RAICO*

En este ensayo, se entenderá que el liberalismo se refiere a la doctrina que mantiene que la sociedad —es decir, el orden social menos el estado— más o menos se gobierna a sí misma, dentro de los límites de los derechos individuales garantizados. En la formulación clásica, éstos son los derechos a la vida, a la libertad y a la propiedad¹.

Ello se acerca más al significado francés de *libéralisme* que al significado que ha adquirido *liberalismo* en Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, e incluso en Alemania o en otros países. A este respecto, los franceses han permanecido fieles a la concepción original e histórica de *liberalismo*. No es casualidad que la expresión francesa *laissez faire* se emplee en todo el mundo como sinónimo de la economía que funciona libremente.

Entender el liberalismo como basado en la capacidad autorreguladora de la sociedad es incluso, creo, necesario desde el punto de vista metodológico, para que se nos permita, como escribe Anthony de Jasay, distinguir el liberalismo de otras ideologías². No hay, sin embargo, espacio aquí para argumentar a favor de esta tesis.

En los últimos años se han producido algunos avances muy interesantes con respecto al tratamiento del liberalismo.

En primer lugar, la atención académica ha experimentado un gran desplazamiento desde el socialismo, y especialmente el marxismo, hacia el liberalismo. Ello tiene que ver con determinados

* Publicamos este importante artículo en homenaje a Ralph Raico, recientemente fallecido. Traducido por Blanca Briones González.

¹ Véase la obra de Ralph Raico, «Prolegómenos a una Historia del Liberalismo», *Journal des Economistes et des Etudes Humaines*, vol. 3, nos. 2/3, pp. 259-272.

² Anthony de Jasay, *Elección, Contrato, Consentimiento: Una Reformulación del Liberalismo* (Londres: Institute of Economic Affairs, 1991), p. 119.

acontecimientos conocidos de la política mundial, a saber, el colapso de los regímenes socialistas «existentes reales», que ha venido acompañado del reconocimiento general de que la propiedad privada y la libre empresa son indispensables para el fomento de la riqueza de las naciones.

En segundo lugar, se está tomando una creciente conciencia de la estrecha conexión entre la ideología liberal y lo que se ha denominado «el milagro europeo» —es decir, el avance hacia un crecimiento económico sostenido que ha caracterizado a Europa y a sus ramificaciones a escala mundial, incluida América³. Tras épocas de enorme esfuerzo dedicado al escrutinio de la historia de las fantasías socialistas, los académicos parecen empezar a darse cuenta de la necesidad de examinar con más profundidad los cimientos institucionales de nuestra propia sociedad y al mismo tiempo las ideas que acompañaban la evolución de esas instituciones.

Por último, existe una conciencia reforzada de que las ideas liberales nunca se han limitado a las naciones angloparlantes. Tal solía ser la opinión generalizada en Gran Bretaña y Estados Unidos. Por tomar un ejemplo: durante mucho tiempo, prácticamente el único pensador liberal francés del siglo XIX que se debatía era Alexis de Tocqueville. Incluso los grandes estudios sobre el pensamiento liberal —por ejemplo, la obra de dos volúmenes de John Plamenatz de Oxford⁴ no *mencionaron* siquiera a Benjamin Constant, y hasta tiempos recientes no se encontraban disponibles en inglés algunos de los escritos políticos más importantes de Constant⁵.

Y si tal es el caso con Benjamin Constant, resulta fácil imaginar cuán poca justicia se ha hecho con el grupo *Censeur Européen*, con Frédéric Bastiat, Gustave de Molinari, o con el sinfín de otros cola-

³ Ralph Raico, «La Teoría del Desarrollo Económico y el “Milagro Europeo”», en Peter J. Boettke, ed., *El Colapso de la Planificación del Desarrollo* (Nueva York: New York University Press, 1994).

⁴ John Plamenatz, *Hombre y Sociedad* (Londres: Longman, 1963), 2 volúmenes.

⁵ Benjamin Constant, *Escritos Políticos*, Biancamaria Fontana, ed. (Cambridge: Cambridge University Press, 1988).

Sobre el significado de Constant para la historia del liberalismo, véase Philippe Nemo, *Histoire des idées politiques aux temps modernes et contemporains* (París: Quadrige/PUF, 2002), págs. 620-669.

boradores del *Journal des Économistes*, que fue editado en París durante un siglo por parte de sucesivas generaciones de escritores — hasta junio de 1940— y que ha sido la mejor publicación liberal que se ha publicado en el mundo.

Existe también, por ejemplo, un incipiente interés entre los académicos anglófonos por la gran tradición de los pensadores de la escolástica tardía de finales del siglo dieciséis y principios del siglo diecisiete, que sentaron las bases de la economía moderna. Además del tratamiento de estos autores, principalmente españoles, en la *Historia del Pensamiento Económico* de Murray Rothbard y en algunas obras pioneras anteriores, ahora tenemos la obra de Alejandro Chafuen, de la Fundación Atlas, que ha destacado la gran importancia de aquellos en su estudio, *Fe y Libertad*⁶. Cabe mencionar también la atención creciente a los economistas liberales italianos de finales del siglo diecinueve y principios del siglo veinte, que contribuyeron de manera importante a las teorías de la escuela de la elección pública.

Resulta cada vez más obvio el hecho de que el gran armazón de la doctrina liberal ha sido el éxito, no solo de los británicos y los estadounidenses, sino también de otros muchos pueblos —empezando por los austriacos.

También se ha dado un creciente interés por el liberalismo alemán. Esta tradición se ha descuidado indebidamente durante décadas, sobre todo después de lo que se consideró una derrota ignominiosa en el período imperial tardío.

Oswald Spengler habló en nombre de la escuela nacionalista-autoritaria de su época cuando escribió: «En Alemania hay principios detestados y vergonzosos; pero en territorio alemán sólo el liberalismo es despreciable⁷». La aversión de Spengler fue secundada por muchos otros a lo largo del espectro político, una aversión que iba en proporción al «doctrinarismo» de árida consistencia de los principios liberales adoptados.

⁶ Murray N. Rothbard, *Historia del Pensamiento Económico en una Perspectiva Austriaca*, vol. 1, *Pensamiento Económico hasta Adam Smith* (Aldershot, Ing: Edward Elgar, 1995), pp. 97-133; Alejandro A. Chafuen, *Fe y Libertad: El Pensamiento Económico de los Escolásticos Tardíos* (Lexington Books: Lanham, Md, 2003).

⁷ Oswald Spengler, *Preussentum und Sozialismus* (Munich: C. H. Beck [1919] 1921), p. 33.

Paul Kennedy, de la Universidad de Yale, escribe sobre «el puro veneno y el odio ciego detrás de muchos de los ataques en Alemania al *Manchesterismo*⁸». Este término, «Manchesterismo», era una etiqueta abusiva —una *Schmähwort*. Tal y como señaló en 1870 Julius Faucher, líder del partido del libre comercio, fue inventado por Ferdinand Lasalle, el fundador del socialismo alemán. A continuación circuló entre la prensa *conservadora* y finalmente, como escribió Faucher, terminó por «componer el alfa y la omega de la sabiduría política», incluso para el gobierno prusiano⁹. Durante décadas constituyó una norma incluso en las publicaciones académicas, supuestamente neutrales desde el punto de vista de los valores.

Está claro que no puede cuestionarse que el liberalismo alemán nunca fue el equivalente de, por ejemplo, el pensamiento liberal francés. Sin embargo, si se analiza, las contribuciones políticas e incluso intelectuales del auténtico liberalismo alemán resultan evidentes.

Un concepto fundamental empleado por muchos historiadores en las últimas décadas ha sido el *Sonderweg* de Alemania —su camino especial o peculiar de desarrollo histórico. Sea cual fuere el valor heurístico que pudiera tener este concepto, no hay duda de que se ha aplicado en demasía. Al fin y al cabo, Alemania no es Rusia. La experiencia alemana incluía: las ciudades libre de la Edad Media; el escolasticismo y la doctrina del derecho natural enseñados en las universidades; el Renacimiento y la Reforma; el auge de la ciencia moderna; y un papel destacado en la Ilustración del siglo dieciocho.

La experiencia de doce años del Nacional Socialismo, con todas sus atrocidades, fue terrible. Pero no debería llevarnos a olvidar que durante mil años antes de Hitler, Alemania fue una parte esencial de la civilización occidental.

⁸ Paul Kennedy, *El Ascenso del Antagonismo Angloalemán, 1860-1914* (Londres: Allen and Unwin, 1980), p. 152.

⁹ Citado en la obra de Ralph Raico, *Die Partei der Freiheit: Studien zur Geschichte des deutschen Liberalismus*, (*El Partido de la Libertad: Estudios en la Historia del Liberalismo Alemán*) traducción de Jörg Guido Hülsmann (Stuttgart: Lucius and Lucius, 1999), p. 29.

Dietheim Klippel es un destacado académico del liberalismo alemán de finales del siglo dieciocho¹⁰. Ha sugerido algunos de los factores políticos que en diferentes períodos han condicionado la aceptación de un concepto con una carga o bien *negativa* —o, en ocasiones, *positiva*— del *Sonderweg* alemán, o camino especial de evolución histórica. En concreto, Klippel efectivamente ha criticado la opinión de Leonard Krieger, autor de una obra influyente sobre las ideas alemanas de la libertad¹¹. El libro, se queja Klippel, enfrentaba «una peculiar actitud alemana hacia la libertad» con una concepción (indefinida) «occidental». Pero la cuestión es que, además de los publicistas y académicos influenciados por los fisiócratas franceses, existía en la Alemania del siglo dieciocho «una extensa corriente de ideas democráticas y liberales en todas las gamas posibles».

Klippel ha prestado especial atención a la escuela de derecho natural alemana más reciente, que sucedió a la doctrina de derecho natural de la escuela de Christian Wolff, más antigua y orientada hacia el absolutismo. Metodológicamente bajo la influencia de Kant e inspirada por John Locke desde el punto de vista del contenido, esta escuela proporcionó una teoría de la prioridad de la sociedad civil frente al Estado; de la propiedad privada, la empresa privada y la competencia como el fundamento de la sociedad autorreguladora; y de la necesidad de proteger la vida social frente a la usurpación estatal.

Klippel subraya que la posición económico-liberal de estos académicos «apuntaba directamente en contra de la posición legal de sectores de la burguesía», contra los gremios pero igualmente «contra los monopolios y privilegios de fábricas y molinos». En este punto destaca una faceta de la lucha de clases que los autores que se centran en la concepción marxista del conflicto de clases, en lugar de en la liberal, confunden de manera sistemática.

En el siglo diecinueve, sin embargo, esta escuela de derecho natural fue completamente eclipsada por la doctrina hegeliana, entre otras.

¹⁰ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, pág. 15.

¹¹ Leonard Krieger, *La Idea Alemana de la Libertad: La Historia de una Tradición Política* (Chicago: University of Chicago Press, 1972).

Una figura clave en el liberalismo alemán de finales del siglo dieciocho ejerció una gran influencia, si bien poco valorada, en la historia del liberalismo europeo en general. Se trata de Jakob Mauvillon, de origen hugonote francés¹². Uno de los numerosos puestos que ocupó Mauvillon en su vida relativamente corta, pero muy activa, fue el de profesor de política en Brunswick. Aunque habitualmente se le clasifica como fisiócrata, Mauvillon en realidad tomó como modelo en teoría económica al gran Turgot, cuyas *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses* tradujo y publicó.

Mauvillon era, de hecho, más «doctrinario» —un defensor más coherente del *laissez faire*— que cualquiera de los autores franceses de la época. Defendió la privatización de todo el sistema educativo desde las escuelas primarias hasta las universidades, del sistema postal y del mantenimiento del clero. Incluso contempló la idea de que, en condiciones óptimas, todo el aparato estatal de provisión de seguridad también podría ser privatizado.

Mauvillon llevó a cabo una incansable publicidad de su causa y es probable que sus ideas en algún momento penetrasen en el mundo de los altos oficiales en Berlín, que en la década de 1790 prestaban cada vez más atención al lema: «Libertad [de Propiedad]: Poseer, Disfrutar, Ganar».

Pero el canal más importante con diferencia de la influencia de Mauvillon fue a través de un amigo de 20 años de Lausana que se mudó a Brunswick, para quien Mauvillon fue una especie de figura paterna, además de un mentor. Ese joven amigo era Benjamin Constant. Kurt Kloocke, en su excelente biografía intelectual de Constant, llega a afirmar que: «Es imposible sobreestimar la importancia de Mauvillon en la evolución intelectual de Constant¹³». Constant extrajo de Mauvillon la base de su idea de la libertad como *libertad del estado*. Asumió del pensador alemán «la exigencia de un reconocimiento absoluto de la religión como el componente básico de una esfera libre del estado».

El racimo conceptual de la libertad personal, el imperio de la ley y el *laissez faire* que constituía el núcleo del liberalismo de Cons-

¹² Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 19-20.

¹³ Kurt Kloocke, Benjamin Constant. *Une biographie intellectuelle* (Ginebra: Droz, 1984), pág. 58.

tant, reflejaban a la perfección la filosofía política de Mauvillon, incluida la necesidad urgente de mantener el sistema educativo libre de la intervención del estado.

He destacado este episodio del impacto de Jakob Mauvillon en la formación del pensamiento de Benjamin Constant por una serie de razones.

En primer lugar, porque es prácticamente desconocido, y además es de interés intrínseco. Asimismo, ilustra el carácter *internacional* de la doctrina liberal, el intercambio de ideas dentro del espacio cultural común de la civilización occidental. Por último, por la gran importancia de Benjamin Constant. Hayek defendía que los grandes liberales del siglo diecinueve fueron Tocqueville and Lord Acton. En mi opinión, si tuviera que elegir una única fuente del liberalismo de ese siglo, sería Benjamin Constant.

La Ilustración alemana generó uno de los grandes clásicos del pensamiento liberal, traducido al inglés con el título *The Limits of State Action* (Los Límites de la Acción Estatal), de Wilhelm von Humboldt. Tanto Hayek como Mises consideraban esta obra la más elevada expresión del liberalismo clásico en lengua alemana. El libro de Humboldt, así como la filosofía de Immanuel Kant, constituyeron una reacción fundamentada contra el *Polizeistaat*, el estado de bienestar del siglo dieciocho, que era un elemento central del absolutismo estatal de la época.

Mientras tanto, el liberalismo económico plasmado en las ideas de Adam Smith había penetrado en el mundo académico alemán, especialmente en Gotinga y en Königsberg, donde Christoph Jakob Kraus, amigo íntimo de Kant, era su principal defensor. Los profesores desempeñaron un papel en la generación del *Beamtenliberalismus* (Liberalismo Burocrático) que dio lugar a reformas liberales, especialmente en Prusia, incluidas las reformas de la era Hardenberg-Stein.

Dado este florecimiento de ideas liberales en la Alemania del siglo dieciocho, ¿qué ocurrió para que cambiaran las cosas? ¿Por qué se dio tal cambio de opinión en la cultura política alemana?

No cabe duda de que una razón principal, quizá *la* razón principal del cambio, se encuentre en la historia política y militar del período: básicamente, el intento por parte de la Francia revolucionaria de conquistar y gobernar toda Europa.

Los Jacobinos que ascendieron al poder durante la Revolución se comprometieron a imponer sus ideas a Europa a punta de bayonetas francesas. Los derechos del hombre, la soberanía popular, la Ilustración francesa con su odio hacia las tradiciones inmemoriales y las creencias religiosas de los pueblos europeos, se impondrían mediante el poder militar. Con este objetivo, los victoriosos e irresistibles ejércitos franceses invadieron, conquistaron y ocuparon gran parte de Europa.

Como es natural, estos ejércitos invasores, que traían consigo una ideología foránea, despertaron hostilidad y resistencia contra esa ideología, en una combativa reacción nacionalista. Así ocurrió en Rusia y en España. Así ocurrió, sobre todo, en Alemania. Se identificaron el individualismo, los derechos naturales y los ideales universalistas de la Ilustración con los odiados invasores, que sometieron y humillaron al pueblo alemán. Esta identificación supuso una carga que el liberalismo en Alemania habría de acarrear desde ese momento.

La moraleja que razonablemente podría extraerse de aquella experiencia es la siguiente: si deseas extender las ideas liberales a pueblos extranjeros, a la larga el *ejemplo* y la *persuasión* resultan mucho más efectivos que las pistolas y las bombas.

En las décadas de 1830 y 1840, la explosión demográfica que afectaba a Alemania y a otros países se intensificó. Había señales de creciente pobreza por doquier, a la cual el sistema heredado, todavía en gran medida mercantilista, no podía hacer frente¹⁴.

Éste es el trasfondo socioeconómico del ascenso del partido alemán de libre comercio.

El libre comercio, en el sentido de la supresión de barreras al comercio internacional, ya había avanzado de manera considerable en los estados alemanes, sobre todo en Prusia. El Zollverein, o la Unión Aduanera, liderada por Prusia, estaba creando una zona de libre comercio cada vez mayor dentro de la Confederación alemana. Además, en aquel momento Prusia había avanzado más en el camino al comercio libre internacional que ninguna otra nación de Europa, incluida Inglaterra.

¹⁴ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 23-25 y la literatura allí citada.

El objetivo del partido de libre comercio era difundir los principios del liberalismo económico en todos los ámbitos de la vida económica. Desde la década de 1840 hasta mediados de la década de 1870 —primero en los estados alemanes y luego en la Alemania unificada— este movimiento tuvo un efecto poderoso y duradero en las instituciones alemanas. Sentó las bases para el espectacular crecimiento económico del país durante ese período y posteriormente.

Más que nadie, John Prince Smith fue el creador de este movimiento de libre comercio y su figura destacada desde la década de 1840 hasta cerca de su muerte en 1874¹⁵. Para Wilhelm Roscher, de la «Vieja Escuela Histórica», era «el líder de toda esta corriente» [el libre comercio], mientras que el historiador económico británico W. O. Henderson, le denominó el gran rival de Friedrich List.

Prince-Smith, como se le solía llamar en Alemania, es un claro ejemplo de las influencias extranjeras en el liberalismo alemán, puesto que nació en Londres en 1809, de padres ingleses. Se mudó a la Prusia oriental en 1831, donde se convirtió en profesor en un instituto (liceo). Después se trasladó a Berlín y se convirtió en periodista.

Una de las escasas influencias que reconoció en su pensamiento fue la de Jeremy Bentham, la cual quedaba clara tanto por su acentuado positivismo jurídico como por su insistencia en abordar todas las cuestiones económicas desde un punto de vista estrictamente utilitarista.

Sin embargo, en un sentido fundamental Prince-Smith está mucho más cerca de los liberales franceses de la época: a los escritores de la escuela *Industrialiste*, Charles Dunoyer y Charles Comte; a Bastiat; y a sus sucesores. Mientras que el utilitarismo de Bentham era indefinido en cuanto a la «agenda» del estado, Prince-Smith se atenia a una postura estricta de mínima intervención del estado y de *laissez faire*: «Para el estado, el libre comercio no concede más tarea

¹⁵ Sobre Prince-Smith y sus seguidores, véase Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 49-86, *passim*; también ídem, «John Prince Smith y el Movimiento del Libre Comercio Alemán [3]», en Walter Block and Llewellyn H. Rockwell, Jr., eds., *Hombre, Economía y Libertad: Ensayos en Honor de Murray N. Rothbard* (Auburn, Ala: Ludwig von Mises Institute), pp. 341-351.

que la mera producción de seguridad» («*la production de la sécurité*» era el eslogan de la *Industrialiste* por la única función que permitían al gobierno). Esta regla era necesaria, opinaba Prince-Smith, para contrarrestar la dinámica de la expansión del estado, mediante la cual el estado intenta «acaparar el mayor número posible de funciones, para amarrar para sí el mayor número posible de intereses económicos».

Con el propósito de establecer un movimiento basado en el modelo de la Liga Contra las Leyes de Cereales, en 1846 —el año de la derogación de las Leyes de Cereales en Inglaterra— Prince-Smith congregó a una serie de dirigentes empresariales y publicistas para formar una Asociación Alemana de Libre Comercio; se establecieron ramas de la Asociación en Hamburgo, Szczecin y otras ciudades del norte de Alemania.

Fue en esta época cuando Prince-Smith reunió en torno a sí un grupo de jóvenes brillantes e idealistas con ambiciones periodísticas, para quienes él ejercía de mentor en materia económica. Les inspiró con el evangelio del libre comercio, pero ése era sólo el punto de partida. En palabras de uno de los hombres más sobresalientes entre estos jóvenes, Julius Faucher, el libre comercio era simplemente «la aparición de la primera cuña en el aparato del bienestar y la máquina que fabrica felicidad (en que habían convertido al estado los epígonos del siglo dieciocho en el continente)». Los deberes del estado deben limitarse a actuar como el «portador y custodio de la fuerza necesaria para la defensa de la justicia y de las fronteras». Dicho de otra manera, defender frente a agresores internos y externos. Pero, añadió Faucher de manera significativa en la década de 1860, «si fuera necesario, también para la expansión de las fronteras».

El movimiento de 1848 para la reforma constitucional liberal tuvo escaso efecto en Prince-Smith. Sus esfuerzos continuaron centrados en las mejoras económicas. Ni él ni Faucher atrajeron la atención de los hombres de la Asamblea de Frankfurt, que precisamente estaban concentrados en las cuestiones que Prince-Smith consideraba secundarias: la libertad política y el cambio constitucional.

Prince-Smith reconoció rápidamente el valor incomparable que tenían las obras de Frédéric Bastiat para su causa, y tradujo y publi-

có las *Harmonías Económicas* de Bastiat en 1850. De hecho, si algún espíritu «extranjero» presidía el movimiento alemán de libre comercio, no era principalmente inglés, sino el francés, en la forma del pensamiento de Bastiat.

En sus inicios Prince-Smith había demostrado su desacuerdo con los pronósticos pesimistas de Malthus y Ricardo sobre la tendencia del nivel de vida de las clases trabajadoras y del conjunto de la sociedad. Encontró en el optimismo de Bastiat —que era característico de la escuela francesa en general— una confirmación y una ampliación de sus propias opiniones. Se ha señalado que el éxito de los librecambistas se debe en gran medida a que no presentaron su programa como un conjunto de demandas *ad hoc*, ni de reformas fragmentarias, sino como deducciones extraídas de una filosofía social global e inteligible, a saber, el *laissez faire* de Bastiat.

La ciencia económica, tal como está ejemplificada en las obras de Bastiat, demostró que la manera de conseguir que «manos ociosas» llenaran «estómagos vacíos» es mediante la acumulación de *capital*. Las intervenciones del gobierno y los impuestos elevados tendían a reducir dicha acumulación de capital, y a crear así pobreza. Un obstáculo fundamental era el presupuesto militar. Prince-Smith había mantenido desde hacía mucho una postura antimilitarista, la cual era característica de Bastiat y también de la escuela inglesa de Manchester.

Un apunte interesante es que la metodología de Prince-Smith y sus seguidores era la tradicional de la política económica clásica británica, a saber, la de la ciencia deductiva. Por este motivo recibían ataques de los miembros de la Escuela Histórica Alemana. Así, el famoso *Methodenstreit*, o disputa sobre el método económico que Gustav Schmoller, líder de la Escuela Histórica, mantuvo con Carl Menger, fundador de la economía austriaca, ya se había dibujado en la disputa sobre el método entre los economistas históricos y los librecambistas alemanes.

Gran parte de la actividad de Prince-Smith en esta fase consistía en tratar de persuadir a los liberales *políticos* alemanes de la conveniencia del libre comercio, pues muchos de los líderes liberales del sur y el oeste de Alemania eran proteccionistas. También le preocupaba que «si los librecambistas no alimentan lo bastante al pensamiento popular, se convertirá en la tarifa ofrecida por los socia-

listas». En aras de convertir a los círculos radicales y democráticos, los discípulos de Prince-Smith recurrieron al periodismo en Berlín, defendiendo un programa que uno de ellos definió como «del máximo radicalismo político... con el objetivo de separar la corriente democrática de los esfuerzos socialistas y comunistas».

De hecho, lo que habían ideado Faucher y los demás era una forma de anarquismo individual, o, como se denominaría en la actualidad, *anarcocapitalismo* o *anarquismo de mercado*. Esto ocurrió en las década de 1840. Resulta interesante observar que al mismo tiempo, en París, Gustave de Molinari se encontraba proponiendo, de forma más sistemática, la doctrina de la generación *privada* de seguridad¹⁶. Mucho después la postura de Molinari fue continuada por Murray Rothbard y, más recientemente, por mi amigo el Profesor Hans-Hermann Hoppe¹⁷.

Este temprano interludio anarquista de los librecambistas alemanes —que el propio Prince-Smith no aprobaba —posteriormente resultó ser un motivo de profundo bochorno para ellos, cuando se hubieron convertido en miembros respetables del sistema en la Alemania imperial.

En 1858 se fundó el Congreso de Economistas alemanes, que reunía a los principales defensores de la causa, muchos de los cuales habían sido conducidos hasta ella por Prince-Smith durante los anteriores veinte años de su labor. Desde 1860 hasta su muerte, Prince-Smith estuvo al frente de la Sociedad Económica de Berlín; su casa era un punto de encuentro para políticos prusianos, entre ellos los líderes del Partido Progresista Alemán y posteriormente del Partido Liberal Nacional. En 1863, comenzó a aparecer la *Revista Trimestral de Economía, Política e Historia Cultural*. Órgano del partido de libre comercio, la revista se publicó durante los siguientes treinta años bajo la edición de Faucher, Karl Braun y otros.

La *Revista Trimestral*, la Sociedad Económica de Berlín, el Congreso y la influencia informal de políticos y funcionarios, fueron

¹⁶ Véase la página web del Institut Molinari, situado en Bruselas: <http://www.institutmolinari.org/>

¹⁷ Véase, por ejemplo, la obra de Murray N. Rothbard, *Poder y Mercado: el Gobierno y la Economía* (Menlo Park, Cal.: Institute for Humane Studies, 1970); y la obra de Hans-Hermann Hoppe, *Democracia: El Dios que Fracásó. Economía y Política de Monarquía, Democracia y Orden Natural* (New Brunswick, N. J.: Transaction Publishers, 2001).

todos elementos del mismo movimiento, facetas del mismo activismo, y todos estaban inspirados, en una u otra medida, por la obra de John Prince-Smith.

Él falleció en 1875, consciente de que había contribuido cuanto había podido a la realidad de una Alemania unida, poderosa y comprometida con el libre comercio.

En lo referente a economía política, Prince-Smith se opuso a la «ley de hierro de los salarios» proclamada por Ferdinand Lasalle, que calificó de verdadera «regla de oro», «la cual tiene el efecto de elevar [a los trabajadores] a un modo de vida cada vez más cómodo». (De alguna manera Leonard Krieger, de la Universidad de Chicago, reconocido historiador del liberalismo alemán, fue capaz de captar esta idea —probablemente, la doctrina más conocida de Prince-Smith— de forma completamente errónea). «La capitalización», declaró Prince-Smith, «significa aumento de salarios».

En el ámbito de la sociología histórica, Prince-Smith muestra una sorprendente similitud con el materialismo marxista histórico, sobre todo en su temprano ensayo «Sobre el Progreso Político de Prusia» (1843).

Las principales afirmaciones de Prince-Smith incluyen la manifestación de que las instituciones sociales y políticas están determinadas por la «base material»; es decir, que en la sociedad moderna ha surgido un grado de productividad «que supera con mucho todos los anteriores»; que una creciente cantidad de capital ha dado lugar a una vasta clase de trabajadores asalariados; y que el orden económico capitalista se extenderá hasta abarcar todo el mundo. Estas afirmaciones parecen las primeras páginas de *El Manifiesto Comunista*, con los signos invertidos y cinco años antes de que ocurriera.

Prusia, sostenía Prince-Smith, está entrando en la etapa en que el elemento feudal debe *necesariamente* disminuir en el ámbito interno, y las relaciones comerciales pacíficas se convierten en la norma en los asuntos exteriores. Esta «primacía» de lo económico —la opinión de Prince-Smith de que el poder de las fuerzas económicas llevará de manera inexorable a un orden político liberal— era la premisa subyacente al interludio anarcocapitalista de los jóvenes librecambistas.

Este episodio anarquista, por breve que fuera, tuvo graves repercusiones en la postura política de los librecambistas. Una vez hubieron abandonado el anarquismo, permaneció el desdén por la libertad política en el sentido de la participación ciudadana en política, y el odio por el partidismo político en la forma en que lo practicaban los políticos opositores.

A lo largo de la década de 1850, las ideas del libre comercio se consideraban cada vez más una parte vital de la respuesta a la explosión demográfica y la crisis de la economía alemana. En 1858 los librecambistas, que habían aparecido en escena en varios lugares de Alemania y que en su mayoría eran periodistas y activistas, se organizaron en el Congreso de Economistas Alemanes, el cual se convirtió en el centro institucional del movimiento del libre comercio y existió hasta 1885¹⁸.

Muchos miembros de la élite progresista de Alemania estaban asociados con el Congreso. Entre los participantes había líderes de los distintos partidos liberales y miembros de los parlamentos alemanes, sobre todo de la Cámara de Diputados prusiana y posteriormente, en el período de la Confederación Alemana del Norte y del Imperio alemán, del Reichstag. A menudo asistían influyentes burócratas de Prusia, de otros estados alemanes y posteriormente del Imperio.

El medio más importante para difundir las opiniones del Congreso entre el público en general era la prensa. Muchos de los principales periódicos estaban en manos de miembros del Congreso. En efecto, la situación era tal que el presidente del grupo de presión proteccionista de la industria pesada, la Unión Central de Industriales Alemanes, se quejó de que «la totalidad de la prensa es decididamente librecambista»; las opiniones «manchesterianas» del Congreso habían penetrado en todos los círculos sociales. Adolph Wagner, uno de los principales Socialistas de la Presidencia, se caracterizaba por refunfuñar ante el supuesto control de la prensa de Berlín por parte de los judíos librecambistas.

Uno tras otro, los principales problemas económicos que tuvo que afrontar Alemania se abordaron detalladamente en las confe-

¹⁸ Véase la obra de Volker Hentschel, *Die deutschen Freihändler und der volkswirtschaftliche Kongress, 1859-1885* (Stuttgart: Klett, 1975).

rencias del Congreso y se procuraban soluciones. Con la creación de la Confederación Alemana del Norte en 1867, los líderes del Congreso, ahora principalmente agrupados en el nuevo Partido Liberal Nacional, favorable al gobierno, pusieron su experiencia al servicio de su país.

Este período fue el punto culminante de la actividad práctica del movimiento del libre comercio. Otto Michaelis, que formaba parte del círculo de allegados de Prince-Smith, trabajaba con Rudolf Delbrück en el Ministerio de Hacienda. Miembros del Congreso en el Reichstag lideraron la lucha por la libertad de movimiento y por la abolición de las limitaciones de los tipos de interés. Se abolieron las restricciones financieras al derecho a contraer matrimonio, así como la prisión por deudas. El Código Industrial de 1869 suprimió los gremios obligatorios, los exámenes obligatorios de acceso a profesiones, la restricción de determinadas industrias a las ciudades y la prohibición de dedicarse a más de una línea de producción al tiempo, entre otras medidas. Karl Braun, presidente vitalicio del Congreso, se jactaba, de manera justificada, de que ninguna otra asociación en Europa podía exhibir logros similares.

Después de 1871, las reformas liberales fueron incorporadas a la estructura legal del Reich y se implementaron otras reformas, por ejemplo, una divisa única sobre la base del patrón oro (otra propuesta del Congreso). Las políticas promovidas por el Congreso constituían cada vez más la base de la actividad gubernamental. Parecía que el libre comercio había barrido el terreno.

En 1878, sin embargo, el hombre que había llevado a cabo esta política, el héroe de los librecambistas, Otto von Bismarck, Ministro-Presidente de Prusia y Canciller alemán, cambió de parecer y el mundo de los librecambistas sufrió un vuelco de la noche a la mañana.

El gobierno de Guillermo I introdujo reformas militares —básicamente, el aumento del control del monarca sobre el ejército— lo cual provocó la oposición del principal organismo de liberales parlamentarios. Siguió un punto muerto. El conflicto entre el gobierno y la Cámara de Diputados, controlada por los liberales, se intensificó. Surgió un clima de opinión en el país, donde incluso la palabra «revolución» se había puesto de moda.

En medio de esta crisis, el rey situó a Otto von Bismarck al frente del ministerio. En pocas palabras, Bismarck ignoró de forma despectiva a la Cámara de Diputados y a los liberales, implementó las reformas del ejército y continuó con su programa de unificar Alemania. Dos guerras exitosas, contra Dinamarca en 1864 y después contra Austria y otros estados alemanes en 1866, condujeron a la creación de la Confederación Alemana del Norte, bajo el liderazgo prusiano en 1867. (Finalmente, en 1870-71 la Guerra Franco-Prusiana selló la unificación de Alemania). Los liberales parlamentarios estaban divididos acerca de la cuestión del apoyo a Bismarck.

El grupo de Prince-Smith en la Cámara de Diputados, reducido pero influyente, y que incluía, además de al propio Prince-Smith, a Julius Faucher y a Otto Michaelis; naturalmente se puso de parte de Bismarck, al que habían admirado desde el principio por sus opiniones librecambistas y por su liderazgo en la unificación alemana. No vieron motivo alguno para oponerse a un ministerio que estaba demostrando ser tan complaciente con la reforma económica, especialmente considerando que para ellos las cuestiones constitucionales se encontraban intrínsecamente subordinadas a los extremadamente importantes temas económicos.

La primacía que Prince-Smith postulaba de las fuerzas económicas sobre las políticas implicaba para él y para sus seguidores una evolución automática hacia el estado mínimo. Su concepción muy limitada y completamente condicionada a la economía no dejaba margen a ningún interés profundo por trabajar para levantar barreras constitucionales concretas al poder del gobierno —éstas surgirían por sí solas, como consecuencia del progreso de la economía.

Esta postura, sostenían, era la postura sistemáticamente liberal. Prince-Smith y su escuela habían llevado la distinción entre sociedad y estado a un punto en que los únicos derechos que consideraban de vital importancia eran aquéllos ejercidos dentro de la esfera de la sociedad, los derechos que constituían la esencia de la «libertad moderna» de Benjamin Constant. Los derechos políticos eran, en el mejor de los casos, valores instrumentales, que servían para reforzar los derechos fundamentales, especialmente los derechos a la propiedad y a celebrar contratos. Si, bajo unas determinadas cir-

cunstancias, ocurría que los derechos de la sociedad civil se podían garantizar de mejor manera mediante la *restricción* de derechos políticos —si, por ejemplo, el gobierno, en lugar del parlamento elegido mediante el voto popular, demostrara apoyo a las libertades económicas, o se encontrara en una mejor posición para materializarlas— no resultaría difícil para los librecambistas ponerse del lado del gobierno.

Sin embargo, existían peligros relacionados con el hecho de desatender lo que Constant había denominado el sistema de garantías. Cuando, en 1863, la *Revista Trimestral* proclamó de manera bastante grandilocuente: «La política está muerta, y sólo la economía ocupa el territorio conquistado», lo que se anunciaba no era la muerte de la política *per se*. Estaba claro que el estado prusiano no tenía intención de desvanecerse. En cambio, lo que estaban proclamando los librecambistas era el fin de toda preocupación por los acuerdos constitucionales. Pareciera como si el temprano compromiso de muchos de ellos con el anarquismo hubiera dejado tras de sí una repugnancia permanente por la lucha política. Mientras que para el liberalismo occidental tradicional, incluido el liberalismo uniforme de Prusia en aquel momento, esta lucha era una característica necesaria y persistente del empeño liberal, los librecambistas se inclinaron hacia la línea de los Fisiócratas franceses, por ejemplo. Preferían trabajar con quienes detentaban el poder político, en lugar de oponerse a ellos. La cuestión de si una economía libre estaría segura en ausencia de un sistema constitucional libre era, no obstante, una pregunta pendiente de respuesta.

Como la mayoría de liberales prusianos, los librecambistas ahora hablaban de *Realpolitik* y de «el poder de los hechos». Naturalmente, apoyaban efusivamente el Proyecto de Ley de Indemnización, mediante el cual Bismarck pretendía conciliar la oposición constitucional y al mismo tiempo suspender cualquier garantía relativa a la futura conducta del gobierno. Los liberales más coherentes, como Waldeck, Schulze-Delitzsch, Hoverbeck, Virchow y, aún fuera del parlamento, Eugen Richter, rechazaron la propuesta. Los librecambistas fueron de los primeros en abandonar el Partido Progresista en 1867 para formar el nuevo Partido Liberal Nacional. En adelante, el liberalismo alemán se dividió en (al menos) dos facciones. Por lo demás, Ludwig von Mises considera en *Gobierno*

Omnipotente que esta derrota en el conflicto constitucional de la década de 1860 significó el verdadero final del liberalismo alemán¹⁹.

Durante un tiempo, el punto de vista de los Liberales Nacionales pareció justificado, pues trabajaron con Bismarck después de 1867 para sentar las bases institucionales de una economía liberal en Alemania. En 1879, sin embargo, Bismarck disolvió el «pacto» con los Liberales Nacionales del libre comercio y dio un giro hacia el proteccionismo y el socialismo de estado.

Quedó demostrado que la estrategia de Prince-Smith y sus seguidores era una ilusión.

Mientras tanto, otro acontecimiento adquirió gran relevancia.

En 1869, en Eisenach, se había formado el Partido Social Demócrata de Alemania, liderado por Bebel y Liebknecht. Una reacción típica del bando del libre comercio fue la de Julius Faucher, para quien el socialismo representaba nada menos que un «peligro para toda la civilización». Debe tenerse en cuenta que esto ocurrió mucho antes de Eduard Bernstein, mucho antes de que el revisionismo se convirtiera en el programa efectivo de los socialistas alemanes. Llegados a este punto, ellos, como la mayoría de los socialistas europeos, estaban predicando la abolición total de la propiedad privada en los medios de producción. Es comprensible que Faucher y sus amigos, como otros liberales de Europa, vieran a los socialistas como los enemigos declarados de la sociedad civilizada.

Éste es el contexto de la última obra de Prince-Smith, un extenso ensayo titulado «El Estado y la Economía»²⁰.

Aunque había reiterado permanentemente que su objetivo era contribuir a elevar el nivel de vida de la gente trabajadora, Prince-Smith nunca había demostrado lo que podría denominarse un aspecto «sentimental-humanitario», a la manera de Viktor Böhmert, por ejemplo; otro líder del Congreso de Economistas Alemanes. Con todo, su último ensayo es notable en cuanto a la pronunciada dureza de su tono y enfoque. Prince-Smith se revela como un darwinista de pleno derecho, al afirmar que en realidad hacía

¹⁹ Ludwig von Mises, *Gobierno Omnipotente: El Ascenso del Estado Total y la Guerra Total* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1944), pp. 19-45.

²⁰ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 77-86.

tiempo que los economistas habían entendido el mensaje central del darwinismo, que él considera la incesante competición por la supremacía entre las formas de vida.

Prince-Smith rompe por completo con su mentalidad anterior sobre el militarismo y la guerra, y llega a ridiculizar las mismas posturas que él mismo había defendido cuando era un joven libre-cambista. Condena las propuestas para introducir la milicia y reducir de manera drástica el presupuesto militar. Se burla de aquellos que creen que «cada nación únicamente es conducida contra su voluntad hacia guerras instigadas por los gobiernos».

Desdeñando de manera implícita la campaña llevada a cabo por Richard Cobden, manifiesta intentos bien intencionados de abolir la guerra mediante inútiles tribunales de arbitraje.

Los liberales que predicán constantemente contra la guerra están ciegos a la realidad, se niegan a ver, en su concentración unilateral sobre la economía (sic), la existencia e influencia del «sentido del estado» de las personas. A través de este «sentido del estado», el «débil individuo» se identifica con una poderosa comunidad y una entidad política «que despliega un poder imperioso y obliga al mundo a mostrarle respeto».

En un pasaje que parece que se hubiera redactado para confirmar la doctrina marxista de la mistificación ideológica bajo el capitalismo, Prince-Smith llega a afirmar que el impulso de identificarse con la comunidad —es decir, el estado— resulta también valioso porque nos ayuda «a superar gran parte de las privaciones», y «nos permite soportar más fácilmente la adversidad».

Crítica a aquellos que erróneamente creen que la única función del estado es generar «la seguridad imprescindible para el trabajo y la propiedad con el menor gasto posible». Tal había sido, por supuesto, la misma postura que él mismo había defendido durante décadas.

El economista, insinúa Prince-Smith, debe aprender del político profesional, para quien la vida en el estado es «la fuente de una vigorizante y alentadora conciencia de uno mismo».

Prince-Smith aboga por el poder del estado no sólo externamente, sino también internamente. Se opone al gobierno parlamentario, al control fiscal por parte de la Cámara de Diputados y a la responsabilidad de los ministros frente a los parlamentos, en

lugar de frente al rey y el káiser. Resucitando un argumento empleado por los fisiócratas franceses en nombre de «le despotisme légal», Prince-Smith afirma que la monarquía dispone de la misma ventaja aplicable a una finca con un propietario permanente y un administrador, en contraste con la depredación de una serie de inquilinos temporales. Curiosamente, Prince-Smith parece haber previsto de esta forma la evolución del gobierno democrático hacia un mecanismo de fiscalidad sin control y de redistribución de la riqueza de los miembros productivos de la sociedad.

Prince-Smith teme las consecuencias del sufragio universal que Bismarck introdujo en la constitución del nuevo Reich para destruir el poder electoral de las clases medias liberales. La pura verdad, según Prince-Smith, es que las personas no son conscientes de sus verdaderos intereses y se dejan seducir fácilmente por los demagogos. Si dependiera de ellos, respaldarían los ataques confiscatorios a la propiedad o, como él había observado ya en la Asamblea Nacional de Frankfurt de 1848, limitarían la competencia en aras de preservar los privilegios de uno u otro grupo de productores. Resulta inadmisibile que la existencia continuada de la sociedad se deje en manos de personas ignorantes y grupos egoístas de intereses privados.

Prince-Smith considera que la sociedad capitalista está sometida a una carrera contra el tiempo. Años atrás, había estado convencido de que la prosperidad llegaría al poco de la introducción de un mercado libre, «siempre que el estado no devore demasiado de aquello que se produce». En este punto, su optimismo anterior — así como su actitud de censura hacia los gastos del estado, especialmente los militares— se había desvanecido.

Así, no resulta sorprendente que en este punto finalizase con una nota pesimista: «la cuestión de si las personas pueden alcanzar entendimiento antes de que se produzca un daño demasiado grande, es, por desgracia, bastante incierta».

«El Estado y la Economía» demuestra cuánto se había alejado Prince-Smith de sus anteriores posturas liberales ante la amenaza socialista. El reinado indiscutido del monarca, el estado y su poder como el bien supremo, la pronta aceptación de la guerra y la promoción de valores irracionales como sustitutos de un cálculo económico subjetivo que a corto plazo podría manifestarse en contra

del orden de mercado —todo ello se acepta como medio para rescatar a la sociedad de las masas autodestructivas lideradas por los demagogos socialistas.

Con esta obra final, Prince-Smith se sitúa en la línea de los pensadores liberales que recurrieron al estado autoritario como defensa ante el socialismo revolucionario. Es posible que el primero de esta línea haya sido Charles Dunoyer, en el período de la Monarquía de Julio. Al cabo de un tiempo, Boris Chicherin, el principal pensador liberal de la Rusia del siglo diecinueve —quien, por cierto, se había convertido al liberalismo económico leyendo a Bastiat— llegaba a conclusiones similares. Chicherin escribió, «Viendo este movimiento comunista [en Rusia], nada le queda al liberal sincero salvo apoyar el absolutismo²¹».

Este cambio de rumbo, apostasía en realidad —desde el liberalismo radical al apoyo a un gobierno autoritario— puede denominarse el «síndrome de Pareto», en honor a su más célebre ejemplar.

El historiador alemán Wolfgang Mommsen ha escrito sobre la «deficiente resistencia del liberalismo» al Fascismo en las primeras décadas del siglo, especialmente en Italia, pero también en Alemania. Él lo atribuye a la incapacidad de los liberales para lidiar con los «nuevos problemas de la sociedad de masas industrial²²».

Hay algo de verdad en esta interpretación, pero sólo si estos «problemas de la moderna sociedad industrial» se entienden de una determinada manera. El «problema» central que suscitó un cierto giro liberal hacia el estado autoritario fue la aparición de un movimiento político que reivindicaba la lealtad del grueso de la clase trabajadora industrial y que proponía la destrucción del orden social basado en la propiedad privada. Tanto si se basaba en el sufragio universal, como ocurrió en la época de Prince-Smith; o además en medios violentos, como en el período de la Internacional Comunista; los socialistas radicales que plantearon esta amenaza dejaron a muchos liberales europeos «desconcertados», tal y como lo expresó Mommsen. En Italia, liberales como Pareto, Alber-

²¹ Victor Leontovitch, *Geschichte des Liberalismus in Russland* (Frankfurt/Main: Klostermann, 1957), p. 142.

²² Wolfgang Mommsen, *Der europäische Imperialismus: Aufsätze und Abhandlungen* (Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht, 1979), pp. 167-168.

to de Stefani y Luigi Einaudi apoyaron la toma del poder de Mussolini. Lo hicieron, no por una inclinación hacia el «antimodernismo», sino por miedo a la imposición de una dictadura terrorista leninista en Italia.

Fue, sin duda, una tragedia histórica, en parte porque el movimiento liberal, que había empezado proyectando un mundo de libertad casi ilimitada, como en los primeros ensayos de Prince-Smith, en ocasiones terminó poniéndose del lado del estado autoritario bajo presiones históricas. Pero debemos preguntarnos: ¿Quién fue el responsable en última instancia?

Prince-Smith y su grupo buscaron la colaboración con el poder político para impulsar la causa liberal. Al final, su plan fracasó. Al mismo tiempo otro líder liberal seguía una estrategia alternativa: la consecución de una sociedad libre mediante la implantación de garantías constitucionales y la consolidación del elemento democrático en Alemania. Ese líder era Eugen Richter.

Eugen Richter (1835-1906) fue el más importante defensor del auténtico liberalismo en la era del Segundo Imperio alemán, desde la década de 1870 hasta los primeros años del siglo veinte²³. Richter siempre abogó por la propiedad privada y la libertad de intercambio, el libre cambio internacional, el imperio de la ley y el respeto por los derechos de las minorías, y el antiimperialismo, el antimilitarismo y la paz. Junto a Ludwig Bamberger —gran admirador, una vez más, de Bastiat— fue el principal opositor del estado del bienestar de Bismarck. Argumentó contra el creciente antisemitismo en Alemania, al cual Bamberger finalmente sucumbió como víctima política.

De principio a fin, Richter denunció el ascendente movimiento socialista. El socialismo, sostenía y argumentaba en detalle, no sólo conduciría a la pobreza universal, sino también a un nuevo régimen autoritario, más opresivo de lo que había sido el Prusianismo anteriormente. Para Richter, la causa liberal era toda su vida y al final sacrificó su modesta fortuna, así como su salud, por sus principios.

²³ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, págs. 87-151 y *passim*; también de Raico, «Eugen Richter y el Tardío Liberalismo Manchesteriano Alemán: Reevaluación», *Revisión de la Economía Austriaca*, vol. 4 (1990), págs. 3-25.

Hoy se ha olvidado a Eugen Richter, a excepción de algunos especialistas. Sin embargo en su época fue una figura célebre en la política alemana. Fue el brillante líder, si bien en ocasiones demasiado autoritario, del Partido Progresista y posteriormente del *Freissin*, las expresiones políticas del «liberalismo de izquierda» alemán, o liberalismo «determinado» (*entschieden*) a lo largo de treinta años en el Reichstag Imperial alemán y la Cámara de Diputados prusiana. Además fue un periodista incansable, editor de un periódico de tirada diaria en Berlín y de muchos libros y panfletos. Su breve obra imaginativa, *Imágenes de un Futuro Socialista*, fue traducida a muchos idiomas y vendió muchos miles de copias. También se ganó la animadversión de los socialdemócratas alemanes de su tiempo y de los historiadores socialistas desde entonces.

Aparte de un pequeño grupo de amigos y socios políticos, las opiniones sobre Richter han sido en su mayoría bastante negativas. Su «rigidez», «dogmatismo» y «doctrinarismo criticón» han sido atacados reiteradamente.

Sin embargo, hasta sus enemigos se vieron obligados a concederle ciertos talentos extraordinarios. Incluso Bismarck —su mayor enemigo— admitió que Richter «era ciertamente el mejor orador que teníamos. Muy bien documentado y concienzudo; con maneras poco serviciales, pero un hombre de carácter. Incluso ahora no se deja arrastrar por el viento». Otro rival político —esta vez de la esfera liberal— afirmó que Bismarck dejó de asistir a las sesiones del Reichstag por miedo a las dotes para el debate de Richter. Max Weber declaró que Richter era capaz de mantener su inquebrantable posición de poder en el partido liberal a pesar de su impopularidad personal por su gran adicción al trabajo y en particular por su conocimiento incomparable del presupuesto del gobierno. Fue el último diputado capaz de discutir con el ministro de guerra sobre cada pfennig.

Richter estudió ciencias políticas con Dahlmann y Mohl, y finanzas públicas con Karl Heinrich Rau, quien se encontraba entonces en la cúspide de su liberalismo económico. Comenzó a asistir a reuniones del Congreso de Economistas Alemanes y a escribir artículos para la prensa.

Richter creyó profundamente en el Partido Progresista cuando en 1867 el grupo que habría de convertirse en los Liberales Nacio-

nales claudicó ante Bismarck en relación con el conflicto constitucional ocasionado por el proyecto de ley para la reforma del ejército a principios de la década de 1860. Los Liberales Nacionales siguieron siendo el principal grupo liberal a lo largo de la década de 1870, hasta que Bismarck dio un giro hacia el proteccionismo en 1879. Entonces los liberales económicos, liderados por Ludwig Bamberger, abandonaron los Liberales Nacionales y formaron durante un tiempo «La Secesión». Pronto se unieron a los Progresistas para formar el *Deutschfreisinnige Partei*, liderado por Richter.

Hacia 1884, Richter encabezó un partido unificado liberal de izquierda que contaba con más de 100 escaños en el Reichstag. El Príncipe Heredero Federico, el más liberal de los Hohenzollern, iba a ascender al trono. Parecía que al fin había llegado la hora del liberalismo en Alemania.

Pero las dotes políticas de Bismarck se aseguraron la pérdida masiva de escaños del partido de Richter en las dos siguientes elecciones, y cuando Federico se convirtió en emperador en 1888 ya se encontraba gravemente enfermo de cáncer. Pese a todo, durante otras dos décadas Richter creyó profundamente en los mismos principios liberales que parecían cada vez más obsoletos e irrelevantes.

La piedra angular de la filosofía social de Richter era la interdependencia de la libertad política y económica. En sus propias palabras, «La libertad económica no puede tener seguridad sin la libertad política, y la libertad política únicamente puede encontrar su seguridad en la libertad económica». A lo largo de su carrera había librado una «guerra de dos frentes» contra el «pseudoconstitucionalismo» bismarckiano y un reavivado mercantilismo por un lado, y contra el ascendente movimiento socialista por otro lado. Esta estrategia de una «guerra de dos frentes», por cierto —de combatir tanto a los conservadores reaccionarios como a los socialistas— fue la norma para los liberales europeos del siglo diecinueve al menos desde la época de Benjamin Constant.

La adopción del proteccionismo por parte de Bismarck dio lugar a una crítica por parte de Richter y de otros liberales que analizaron esta política en términos sorprendentemente similares a aquellos empleados por la escuela moderna de la elección pública. Bismarck desempeñaba el papel de «empresario político», em-

pleando la terminología actual. Richter analizó lo que estaba aconteciendo en el Reichstag de forma cáustica y brillante, a medida que los intereses en el hierro y el acero se unían con los agricultores del este del Elba. Los beneficios de la política de Bismarck se *concentraban* entre aquellos que eran subvencionados, mientras que los costes se *dispersaban* entre los desafortunados consumidores.

Pero Richter parece no haber sido consciente de cómo este análisis debilitaba su propia posición política. Los Liberales Nacionales habían sido «traicionados» por Bismarck. En concreto, los liberales económicos de la escuela de Prince-Smith habían visto cómo su estrategia de alianza con los poderes existentes era llevada a la ruina cuando esos poderes simplemente cambiaron de opinión. Pero la estrategia de Richter consistente en reforzar el poder del Reichstag contra el gobierno resultó ser *igualmente* inútil. Los auténticos liberales demostraron carecer de poder frente a la lógica de la política electoral de masas de las sociedades democráticas, lo cual lleva al estado a una constante expansión a través del triunfo de los intereses particulares de búsqueda de rentas.

Mientras tanto, lo que quedaba de los Liberales Nacionales continuaba claudicando en una cuestión tras otra. Incluso antes de la Secesión, los Liberales Nacionales eran la facción líder que apoyaba la *Kulturkampf* (lucha de culturas) de Bismarck contra la Iglesia Católica. También los Progresistas asumieron esta cruzada anticatólica, especialmente Rudolf Virchow, aunque el propio Richter se mostraba tibio, con su apoyo ocasional. Los Liberales Nacionales respaldaron las leyes antisocialistas; el abandono del libre comercio por parte de Bismarck y su introducción del estado del bienestar; la germanización coaccionada de los polacos en Prusia oriental; la expansión colonial y la *Weltpolitik*; y el crecimiento militar, y especialmente naval, con Guillermo II.

Junto con Bamberger, Richter era el principal rival en el Reichstag de la creación del estado de bienestar moderno por parte de Bismarck²⁴. Los liberales tenían una serie de argumentos convincentes. En última instancia, sostenían, el estado de bienestar generaría lazos y sentimientos de dependencia del estado por parte de

²⁴ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 153-179.

los ciudadanos. Tal era, de hecho, el propósito expreso del programa del estado de bienestar de Bismarck.

En sus últimos años, Richter fue el principal combatiente contra la política de *Weltpolitik*, o política mundial, de Guillermo II. Richter se oponía al colonialismo alemán, igual que los liberales franceses se oponían al colonialismo en Argelia, el resto de África y el sudeste asiático. Su postura militar era que Alemania debía tener fuerzas suficientes para fines defensivos. Pero la absurda y costosa *surenchère* con Francia y Rusia en cuanto a gastos militares y al crecimiento del ejército, en opinión de Richter, tendía a suscitar sospechas y hostilidad. Él era, por encima de todo, un luchador incansable contra la creación por parte del Káiser de una gran armada transatlántica alemana. El almirante von Tirpitz reconoció abiertamente a Richter como su enemigo más peligroso en la cuestión de la armada. Pero Richter defendía continuamente que Alemania no necesitaba una armada tan colosal, y —además— generaría antagonismo con Inglaterra. Al final, por supuesto, tenía razón.

Richter conservó seguidores fieles y comprometidos hasta el final. Los partidarios de los Liberales Nacionales solían provenir de bancos, grandes negocios proteccionistas y capitalistas que tenían intereses en la expansión imperialista. Los conservadores obtenían su apoyo del sector proteccionista agrícola. Los Socialdemócratas reclamaban cada vez más de la clase trabajadora industrial. Aquellos que permanecían fieles al auténtico liberalismo formaban un grupo mucho menor: las clases profesionales (excepto los maestros de escuela y el clero); pequeños empresarios; hábiles artesanos; y la pequeña comunidad empresarial judía, especialmente en Berlín. Uno de los compañeros liberales de Richter describió el partido de Richter como: el partido del hombre pequeño, que confía en sí mismo y en sus facultades, que no exige regalos del estado, sino que únicamente desea que no se le impida mejorar su situación según sus facultades, y que se esfuerza en dejar a sus hijos un destino mejor que el que le ha sido deparado.

Los auténticos liberales alemanes han caído por completo en el olvido. Actualmente, las figuras que son reconocidas como liberales alemanes de principios del siglo veinte son hombres que fueron, de hecho, colectivistas y precursores del estado totalitario.

Un ejemplo notable es Walter Rathenau. Sobre este místico colectivista, F. A. Hayek escribió en *Camino de Servidumbre*:

Aunque se habría estremecido si se hubiera dado cuenta de las consecuencias de su economía totalitaria, sin embargo [Rathenau] merece un lugar notable en cualquier historia más exhaustiva del desarrollo de las ideas nazis. A través de sus escritos ha determinado, probablemente más que ningún otro hombre, las opiniones económicas de la generación que creció en Alemania durante [la Primera Guerra Mundial] e inmediatamente después; y algunos de sus colaboradores más estrechos formarían posteriormente la columna vertebral del personal de la administración del Plan de Cinco Años de [Hermann] Göring²⁵.

Hayek añade a Walter Rathenau el nombre de Friedrich Naumann. Muchas de sus opiniones, afirma Hayek, eran similares a las de Rathenau y eran «características de la combinación de socialismo e imperialismo», que se convirtió en la ideología dominante en Alemania.

La culminación de este supuesto «liberalismo» llegó en 1933. Para entonces el llamado partido «liberal» había asumido, convenientemente, el nombre de *Staatspartei*, el Partido Estatal. Los «liberales» del Reichstag habían sido reducidos en número a cinco. Cuando Adolf Hitler propuso la Ley Habilitante, en marzo de 1933, la cual entregaba el control total de la sociedad alemana a los nazis, los «liberales» del Partido Estatal votaron *a favor* de la Ley. Los únicos miembros de este último Reichstag cuasi-independiente que tuvieron el honor de votar *en contra* de la Ley Habilitante fueron los Socialdemócratas. Los verdaderos liberales deben de desear que hubiera sido al revés. Entre los «liberales» que votaron a favor de la toma de poder nazi se encontraba Theodor Heuss, posteriormente el primer presidente de la República Federal y el primer líder del Partido Libre Democrático.

Sólo después de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial resurgió en Alemania algo parecido a un liberalismo genuino, inspirado en parte por los austriacos Ludwig von Mises y Friedrich

²⁵ F. A. Hayek, *Camino de Servidumbre* (Chicago: University of Chicago Press, 1944), p. 174

Hayek, quienes habían preservado la herencia liberal del siglo diecinueve para el veinte²⁶.

* * *

Este ensayo se imprimió originalmente en 2004 por la Ecole Polytechnique, CENTRE DE RESEARCH EN EPISTEMOLOGIE APPLIQUEE, Unité associée au CNRS.

²⁶ Véase la perspicaz observación de Erich Streissler, en ídem, *Wie Liberal waren die Begründer der österreichischen Schule der Nationalökonomie?* (Viena: Carl Menger Institute, 1987), p. 24: «A través de Menger su escuela se convirtió en un transmisor del liberalismo económico, en un momento en que en otros países no le sonreía la fortuna. Esta escuela asumió una “causa perdida” por entonces, y amamantó al liberalismo en su punto de mayor decadencia —especialmente en el período de entreguerras».

LOS ANARCO-ESTATISTAS ESPAÑOLES: UN ANÁLISIS HISTÓRICO, ECONÓMICO Y FILOSÓFICO DEL ANARQUISMO ESPAÑOL

BRYAN CAPLAN*

Siguiendo el espíritu del libro que lleva por título *The Road to Serfdom* de F. A. Hayek, dedico este ensayo a los anarco-socialistas de todas las facciones.

I PREFACIO

En *Looking Back on the Spanish War* George Orwell escribe: «Tengo pocas pruebas directas de las atrocidades cometidas en la guerra civil española. Sé que los republicanos cometieron algunas y los fascistas muchas más (y aún siguen cometiéndolas). Pero lo que me impresionó, y me ha impresionado desde entonces, es que las atrocidades se admitan o nieguen exclusivamente en función de la predilección política. Todo el mundo cree en las atrocidades del enemigo y no en las de su propio bando, sin tomarse nunca la molestia de examinar las pruebas». La misma observación es aplicable con la misma fuerza a la mayor parte del reciente debate sobre el comportamiento de los anarquistas españoles durante la Guerra Civil española. Viendo que era muy difícil desentrañar la verdad escondida tras versiones y citas contradictorias, decidí analizar las evidencias por mí mismo. El siguiente ensayo es el resultado de mis investigaciones. Las citas a veces pueden parecer demasiado largas, porque, para evitar cualquier sospecha de edición creativa, evité acortarlas siempre que fue posible.

—BRYAN CAPLAN

* Traducido del inglés por Juan José Gamón Robres (juanjogamon@yahoo.es).

Que ningún hombre sufra y que no tenga razones para escapar a la condena eterna que la Historia tiene el poder de infligir sobre el mal.

—LORD ACTON, *The Study of History*.



II INTRODUCCIÓN

Durante la Guerra Civil española los fascistas utilizaron métodos salvajes para establecer una dictadura brutal.¹ Los comunistas españoles utilizaron en tiempo de guerra medidas similares en su fallido de alumbrar un régimen aún más totalitario.² Sin embargo, muchas discusiones sobre la Guerra Civil española pasan por alto, reducen al mínimo o disculpan el comportamiento atroz y las aspiraciones tiránicas de la que fue quizás la más poderosa facción de los republicanos españoles: el movimiento anarquista.

El presente ensayo tiene como objetivo restablecer el equilibrio. En primer lugar, se resumen los detalles históricos del comportamiento de los anarquistas durante la Guerra Civil española, examinando tanto el comportamiento de los escalones superiores del movimiento anarquista como de los militantes de a pie. El ensayo examina la economía de la España controlada por los anarquistas, centrándose tanto en las políticas adoptadas como en sus objetivos y resultados. Termina con una disección filosófica del movimiento

¹ Véase, en general Stanley G. Payne, *The Franco Regime: 1946-1975* (Madison, WI: University of Wisconsin Press, 1987).

² Véase, en general Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution* (Chapel Hill, Carolina del Norte: University of North Carolina Press, 1991).

anarquista español, demostrando que su horrible comportamiento fue en gran medida producto de su incoherente visión de la libertad humana, su fallido intento de sintetizar socialismo y libertad, la falta de pensamiento crítico y el carácter emocional de su forma de pensar.

III. LA HISTORIA Y LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES

Muchas discusiones recientes sobre los anarquistas españoles giran en torno al libro de Ronald Fraser titulado *Blood of Spain*.³ Aunque este ensayo utiliza a Fraser como fuente, en un trabajo histórico de recopilación de testimonios orales siempre existe la preocupación de que la experiencia de la serie de personas entrevistadas (que es necesariamente pequeña) pueda no ser representativa. En cambio, mi principal fuente de referencia para la historia de los anarquistas españoles es *The Spanish Civil War* de Burnett Bolloten.⁴ La objetividad y claridad de Bolloten goza de general aprobación, incluso cuenta con la de personas informadas y muy afines a los anarquistas españoles. Noam Chomsky alaba el trabajo de Bolloten en su *Objectivity and Liberal Scholarship* y recurre frecuentemente a su obra anterior, menos desarrollada, en ese ensayo.⁵ Bolloten era, además, el historiador clave que documentó atrocidades de los comunistas contra los anarquistas españoles, y uno de los primeros historiadores en demostrar que, contrariamente a la propaganda del gobierno de la República, durante la guerra los anarquistas españoles experimentaron con cambios so-

³ Ronald Fraser, *Blood of Spain: An Oral History of the Civil War* (Nueva York: Pantheon Books, 1986).

⁴ Bolloten, op. cit.

⁵ Noam Chomsky, «Objectivity and Liberal Scholarship», en *American Power and the New Mandarins* (Nueva York: Pantheon Books, 1969), esp. pp.79-124. El elogio se produce en la nota al pie de la p. 140: «Este libro [*The Gran Camouflage* de Bolloten], de un corresponsal de la United Press en España durante la Guerra Civil, contiene una gran cantidad de pruebas documentales importantes que influyen en la preguntas consideradas aquí».

ciales radicales y a gran escala. Por último, la objetividad de Boloten habla por sí sola, ya que realiza un minucioso esfuerzo por confirmar todos los hechos y toma cuidadosamente nota de la existencia de cualquier prueba contradictoria.

1. Los milicianos y el terror

En julio de 1936, oficiales de toda España intentaron dar un golpe de estado contra el gobierno republicano.⁶ En Cataluña, Aragón y en otras áreas en las que hubo levantamientos militares, los milicianos anarquistas vencieron. Sintiendo más poderosos que los gobiernos regionales y, posiblemente, que el gobierno central, los anarquistas aprovecharon el momento para poner en práctica algunos cambios radicales en aquellas regiones de España donde tenían gran número de partidarios.

Uno de estos cambios radicales fue el comienzo de los asesinatos en masa de personas que se consideraban afines a los nacionalistas. En la mayoría de los casos, esos seguidores no habían tomado ninguna medida concreta para ayudar a la rebelión nacionalista;

⁶ Sobre el fondo de la rebelión militar, véase esp. A Payne, op. cit., pp. 34-45, 87-106. Mientras que muchos estudios sobre la Guerra Civil española simplísticamente la describen como una lucha entre «el pueblo» que apoyaba la «democracia» y una pequeña minoría que apoyaba el «fascismo», la realidad era mucho más compleja: el apoyo de la población al bando Nacionalista y a las fuerzas republicanas fue aproximadamente equilibrado. Las últimas elecciones celebradas antes de la guerra civil, las de febrero de 1936, dan una idea de la división real de la opinión: como explica Payne (Op cit, pp. 44-45): «En las elecciones de 1936, por lo tanto, la izquierda estaba unida e incluso contaba con cierto apoyo electoral de los anarquistas. Los partidos de derecha, dirigidos por la CEDA, formaron un bloque electoral de los suyos. Las fuerzas de centro, por el contrario, se encontraron aislados entre izquierda y derecha... en las elecciones de 1936, participó un 73 por ciento del electorado. De acuerdo con los estudios más rigurosos, el Frente Popular obtuvo un 34,3 por ciento de los votos, la coalición de las derechas un 33,2 por ciento y el centro sólo el 5,4 por ciento. A pesar de que la pluralidad del voto popular fue más bien escasa, el sistema electoral español, derivado en parte del de Italia de 1924, recompensaba de forma desproporcionada a las coaliciones de distintos partidos. Tras reunirse en marzo el nuevo parlamento y decidir inhabilitar a algunos de los diputados de derecha elegidos anteriormente, los partidos de izquierda copaban cerca de dos tercios de los escaños».

fueron señalados por sus creencias o por lo que la gente intuía que serían sus creencias. Como Bolloten explica:

«Los tribunales de justicia fueron suplantados por los tribunales revolucionarios, que impartían justicia a su manera». «Todo el mundo se dedicó a crear su propia justicia y a administrarla por su cuenta declaró Juan García Oliver, un líder anarquista que se convirtió en Ministro de Justicia en noviembre de 1936. Algunos llamaron a esto llevar a alguien a dar un paseo pero yo sostengo que fue Justicia administrada directamente por el pueblo en ausencia completa de órganos judiciales ordinarios».⁷ Sin duda, los miles de personas que fueron asesinadas por tener creencias políticas o religiosas con las que los anarquistas no estaban de acuerdo no repararon en esta distinción. «No queremos negar, confesó Diego Abad de Santillán, un anarquista prominente en la región de Cataluña, que el 19 de julio trajo consigo un desbordamiento de pasiones y abusos, un fenómeno natural cuando hay una transferencia del poder de los privilegiados al pueblo. Es posible que nuestra victoria resultara en la muerte violenta de cuatro o cinco mil habitantes de Cataluña que figuraban como derechistas y estaban vinculados a la reacción política o eclesiástica».⁸ El comentario de Santillán ejemplifica la actitud del movimiento anarquista español respecto del asesinato de varios miles de personas por sus opiniones políticas: era un mero «fenómeno natural», nada de lo que tuvieran que sentirse culpables.



One of the most influential members of the Comité Central de Milicias Anti-fascistas, created in Barcelona soon after the rising in July 1936, was the anarchist Juan García Oliver, responsible for the Committee's War Department.

Bolloten señala que la ola de asesinatos protagonizada por los militantes anarquistas está bien corroborada por otras fuentes. Así,

⁷ Bolloten, op. cit., p.50.

⁸ Ibid, p.53.

Hugh Thomas en su *The Spanish Civil War* (una obra con la que Bolloten está en desacuerdo en una serie de puntos) explica que: «Todos los que podrían ser considerados sospechosos de simpatía hacia la rebelión nacionalista estaban en peligro. Al igual que sucedió en el bando nacionalista, las irracionales circunstancias de una guerra civil hacían imposible establecer lo que constituía o no traición. Personas dignas murieron; con frecuencia las indignas sobrevivieron. En Andalucía Oriental, camiones de la CNT fueron a las aldeas y los milicianos ordenaron a los alcaldes que entregaran a sus fascistas. Los alcaldes tenían a menudo que decir que todos habían huido, pero los terroristas sabían, gracias a informadores, quienes, de entre las clases acomodadas, estaban todavía por allí, los arrestaban y los fusilaban en un barranco cercano».⁹ Thomas añade que «en la gran mayoría de los casos, los ejecutados era gente corriente de derechas. A menudo, miembros de la clase obrera serían asesinados por sus propios conocidos por hipocresía, por haberse mostrado demasiado sumisos ante sus superiores sociales, incluso por puras mentiras. Por ejemplo, en Altea, cerca de Alicante, el propietario de una cafetería fue asesinado con un hacha por un anarquista por haber cobrado de más por unos sellos y por la copa de vino que los compradores de sellos podían tomar mientras esperaban».¹⁰

La ideología política no fue la única clase de heterodoxia que los anarquistas españoles se negaron a tolerar. La mera aceptación del teísmo, por lo general en su variante católica, llevó a la violencia a muchos de los militantes anarquistas. La quema de edificios religiosos, desde catedrales e iglesias a conventos y monasterios, fue generalizada, como lo fue el asesinato de sacerdotes y monjas. Esto

⁹ Hugh Thomas, *The Spanish Civil War* (London: Hamish Hamilton, 1986), pp.273-274. Es importante señalar que a pesar de la práctica popular de llamar a todas las fuerzas nacionales «fascistas», el partido fascista español, la Falange, era parte de una coalición que incluía a miembros conservadores de los militares españoles, los carlistas, monárquicos Alfonsinos, corporativistas católicos y otras facciones. Como Payne (op. Cit., P.62) señala, «Hasta la primavera de 1936, la Falange probablemente nunca tuvo más de diez mil afiliados». Por lo tanto, debe tenerse en cuenta que la violencia contra los «fascistas», en realidad se refiere a la violencia contra un espectro político mucho más extenso de lo que podría suponerse.

¹⁰ Thomas, op. cit., pp.275-276.

podría asombrar al observador ingenuo; después de todo ¿No es acaso la Iglesia Católica un ejemplo perfecto de organización comunitaria sin fines de lucro? ¿No es la Iglesia «propiedad común» de sus seguidores? Al menos en teoría, el voto de pobreza del clero le obliga a entregar todos sus bienes personales a la Iglesia, que a su vez provee a sus necesidades con cargo a los recursos de la comunidad. La Iglesia Católica parece satisfacer muchos de los postulados sociales que los anarquistas españoles abrazaron. Esto no salvó la vida de los desafortunados clérigos, porque el ateísmo militante había sido una característica del anarquismo europeo, al menos desde la época de Bakunin, y porque la Iglesia Católica históricamente se había aliado políticamente con la monarquía conservadora.

Como señala Bolloten, «Cientos de iglesias y conventos fueron quemados o sometidos a usos seculares». «Ya no hay hogares católicos» declaró el órgano anarco-sindicalista *Solidaridad Obrera*. Las antorchas del pueblo los han reducido a cenizas... «Para que la revolución sea un hecho», publicó un manifiesto de la juventud anarquista, «tenemos que demoler los tres pilares de la reacción: la iglesia, el ejército y el capitalismo. La iglesia ya ha recibido su merecido. Los templos han sido destruidos por el fuego y el pueblo se ha hecho cargo de los cuervos de la iglesia que no pudieron huir».¹¹ Como Bolloten resume: «Miles de miembros del clero y de las órdenes religiosas y de propietarios fueron asesinados, pero otros, por temor a ser detenidos o ejecutados, huyeron al extranjero, incluidos muchos prominentes republicanos liberales o moderados».

Thomas, confirma ampliamente la descripción que hace Bolloten de la persecución y de la intolerancia religiosa de los anarquistas. «¿Todavía creéis en este Dios que nunca habla y que no se defiende a sí mismo, incluso cuando se queman sus imágenes y templos? ¿Admitís que Dios no existe y que vosotros, los sacerdotes, no sois más que unos hipócritas que engañáis a la gente?» Preguntas como esas se publicaron en innumerables ciudades y pueblos de la España republicana. En ningún momento de la Historia de Europa, o incluso tal vez del mundo, se hizo patente un odio tan apasionado contra la religión y todas sus obras. Sin embargo, un

¹¹ Bolloten, op. cit., p.51.

sacerdote que, gracias a la ayuda del presidente Companys, consiguió escapar a Francia (a diferencia de los 1.215 monjes, monjas y sacerdotes que murieron solo en la provincia de Barcelona), fue lo suficientemente generoso como para admitir que «los rojos destruyeron nuestras iglesias, pero primero nosotros habíamos destruido a la Iglesia».¹²

Los documentos de Fraser dan cuenta de muchos otros casos de intolerancia religiosa de los anarquistas, pero también ponen de manifiesto un caso interesante en el que el líder anarquista Carod prohibió la violencia contra edificios y personal religioso. «... Estáis quemando las iglesias sin pensar en el dolor que estáis causando a vuestras madres, hermanas e hijas y a vuestros padres, por cuyas venas fluye sangre cristiana, sangre católica. No creemos que las iglesias en llamas vayan a cambiar esa sangre y que mañana todo el mundo se sienta ateo. ¡Por el contrario! Cuanto más se atente contra su conciencia, más se pondrán del lado de la Iglesia. Por otra parte, la inmensa mayoría de vosotros sois creyentes de corazón. Y pidió que todas las vidas y todas las propiedades —no sólo religiosas— fueran respetadas».¹³ Nótese que Carod simplemente apela a la locura que es desde un punto de vista estratégico perseguir a los creyentes religiosos, ya que lleva a la gente a ponerse del «lado de la iglesia» (y, presumiblemente, también del bando nacionalista). El argumento de Carod tipifica la parcial auto-crítica de los anarquistas españoles. Uno espera en vano que un anarquista defienda la libertad de pensamiento, el derecho del individuo a creer lo que quiera; en resumen, a decir que las simples creencias no son delito, pero matar a alguien por sus creencias sí lo es.

Nada de esto implica, por supuesto, que atrocidades similares no fueran cometidas por los nacionales y por fuerzas no-anarquistas en el bando republicano. Era de esperar que los comunistas, fascistas y demás fanáticos sanguinarios del siglo xx asesinaran brutalmente a las personas por sus creencias. Uno se sorprendería si los republicanos moderados, socialistas moderados y monárquicos moderados no cometieran asesinatos generalizados en medio de una guerra civil fratricida. Sin embargo, cabía esperar que un

¹² Thomas, op. cit., p.273.

¹³ Fraser, op. cit., pp.132-133.

movimiento que condenaba al Estado por su secular brutalidad y que abogaba por el fin de toda dominación humana, se comportara de manera diferente. En su lugar, está claro que los militantes anarquistas estuvieron en vanguardia de los escuadrones de la muerte del bando republicano.¹⁴

Los apologistas del movimiento anarquista español a menudo afirman que los homicidios mencionados simplemente representan las decisiones individuales de grupos no organizados de militantes anarquistas, más que de cualquier tipo de línea política organizada y perseguida por la dirección anarquista. A Stanley Payne le parece que la represión republicana fue bastante más compleja: «Una distinción común entre el terror protagonizado por los rojos y el de los nacionales en España, que a veces han hecho los partidarios de la izquierda, es que el primero estaba desorganizado y era espontáneo, mientras que el segundo era centralizado y sistemático, continuando a lo largo de la guerra y mucho tiempo después. Esta distinción es, en el mejor de los casos, sólo parcialmente correcta. En los primeros meses, la represión nacionalista no fue en absoluto organizada de forma centralizada, mientras que en la zona del Frente Popular tenía más planificación y organización de lo que comúnmente se cree. Esto viene corroborado por las muchas ejecuciones realizadas en zonas donde el conflicto social no fue particularmente intenso, y por el hecho de que muchos de los homicidios fueron realizados por milicias revolucionarias que venían de otros distritos. Tampoco las ejecuciones políticas en la zona republicana terminaron después de 1936, a pesar de que su número disminuyó».¹⁵

En cualquier caso, tanto si los asesinatos fueron ordenados desde el centro, como si fueron completamente descentralizados (lo que es más probable), lo ocurrido se sitúa en algún punto intermedio ¿Qué diferencia hay? ¿Importa que los ataques nazis generalizados contra los Judíos en «la Noche de los Cristales Rotos» fueran organizados de forma centralizada o fueran «algo espontáneo»?

¹⁴ Para un estudio objetivo de varias investigaciones cuantitativas sobre el número de asesinatos y de la represión practicados por Nacionalistas y Republicanos, véase a Payne, op. cit., 209-228.

¹⁵ Ibid, p.211.

No; si una ideología clasifica a tanta gente como seres infrahumanos, instando a una cada vez mayor brutalidad recomendando moderación sólo cuando es tácticamente conveniente, es perfectamente razonable condenar a todo el movimiento que gravita en torno a esa ideología, ya sea dicho movimiento el nazismo o el anarquismo español. Está bastante claro que la retórica de los anarquistas españoles se centró en el aplastamiento de los enemigos de los trabajadores por cualquier medio necesario; la salvaguardia de los derechos de las personas inocentes que despreciaban todo lo que el anarquismo representaba simplemente no estaba en su agenda. La entrevista de Fraser a Juan Moreno, un jornalero de la CNT, merece ser mencionada: «Odiábamos a la burguesía, nos trataban como a animales. Eran nuestros peores enemigos. Cuando nos fijábamos en ellos, pensábamos que estábamos mirando al mismísimo diablo. Y ellos pensaban lo mismo de nosotros».¹⁶ Bolloten similarmente señala, «de acuerdo con Pérez-Baro [un ex miembro de la CNT que desempeñó un papel prominente en el movimiento de colectivización en Cataluña], treinta o cuarenta años de propaganda revolucionaria hicieron que los empresarios a ojos de los trabajadores parecieran más enemigos personales que enemigos de clase, lo que dio lugar a una serie de abusos contra ellos».¹⁷ En resumen, es perfectamente justo impugnar el movimiento anarquista en su conjunto por las numerosas atrocidades cometidas por sus miembros, porque esas acciones fueron lógica consecuencia de las ideas centrales del movimiento más que producto de su mala interpretación por parte de grupos marginales extremos.

¹⁶ Fraser, op. cit., p.96.

¹⁷ Bolloten, op. cit., pp.59-60.



2. Los líderes y sus colaboradores

La complicidad de la dirección anarquista española en las atrocidades mencionadas es a veces difícil de desentrañar; obviamente, la mayoría de las órdenes de asesinato no se registraron públicamente. Sin embargo, los registros públicos disponibles dan cuenta de la colaboración de la dirección anarquista con el gobierno central y con los de las distintas regiones españolas y documentan ampliamente una larga serie de abusos y traiciones de todos los buenos principios que el movimiento anarquista defendía.

De entrada es preciso que exponamos algunos antecedentes sobre la organización de los anarquistas de preguerra, respecto de la que sus partidarios afirman con frecuencia que fue extraordinariamente democrática. Por lo menos desde 1927 en adelante, los procedimientos democráticos de la CNT se vieron comprometidos por una facción especial conocida como la FAI, que Bolloten describe como «guía ideológica de la CNT, cuya misión era protegerla de las tendencias desviacionistas y de dirigir a la federación sindical a la meta anarquista del comunismo libertario».¹⁸ Bolloten señala correctamente que muchos de los anarquistas españoles disputarían vehementemente esta afirmación, pero insiste en que su

¹⁸ Ibid, p. 191.

posición no es compatible con los hechos. «La FAI intentó cumplir su misión dirigente porque sus miembros, con pocas excepciones, pertenecían a la CNT y ocupaban muchos puestos de confianza. Era un principio establecido que cualquier persona que perteneciera a un partido político no debía ocupar puesto oficial alguno en la organización sindical. Además, la FAI, por otra parte, mantenía una vigilancia estrecha y constante sobre los sindicatos de la CNT y, cuando sus argumentos fracasaban, amenazaba con frecuencia con recurrir a la fuerza para impedir las tendencias desviacionistas. Sin duda este dominio —o al menos intento de dominio— por parte de la FAI no siempre fue reconocido abiertamente ni por la CNT ni por FAI y, de hecho, a veces se negó enfáticamente, pero fue admitido francamente después de la guerra civil por otros líderes de la CNT».¹⁹ Fraser corrobora las declaraciones de Bollothen. Josep Costa, un trabajador textil que militaba en la CNT explica, «La FAI estaba actuando como un grupo político dentro de la CNT, hablaban de libertad y actuando como dictadores...».²⁰ Sebastián Clara, miembro de la CNT y disidente de los años treinta, añade, «Antes de la década de 1920, la CNT era una organización en la que las masas podían expresarse democrática mente. Después, ya no fue el caso. Las cosas cambiaron con la creación de la FAI en 1927. Fueron ellos los que ahora imponían sus decisiones...».²¹ Si bien este autoritarismo creciente, bajo la apariencia de democracia, hace que sea fácil entender cómo los líderes anarquistas se desviaron a menudo del punto de vista de las bases, el hecho de que la FAI se caracterizara por su purismo ideológico hace que sus numerosas desviaciones parezcan aún más desconcertantes.

Mientras que antes de la Guerra Civil, la CNT y, en especial, la FAI condenaran repetidamente la participación política, fue fácil convencer a dirigentes de la CNT para que aceptaran cargos ministeriales en el gobierno central. Inicialmente, el primer ministro Caballero ofreció a la CNT una sola cartera, que el pleno nacional de la CNT rechazó. Esto no fue un rechazo de principio, sin embargo; el anarquista presentó una resolución de compromiso según la

¹⁹ Ibid, p. 192.

²⁰ Fraser, op. cit., p. 546.

²¹ Ibid, p. 547.

cual «se crearían comisiones auxiliares en cada ministerio que comprenderían a dos representantes de la CNT, dos de la UGT, dos de los partidos del Frente Popular y un delegado del gobierno. Este proyecto habría ahorrado a la CNT la vergüenza de participar directamente en el gabinete al tiempo que le otorgaba representación en todos los departamentos del gobierno».²² Esta propuesta fracasó; la siguiente iniciativa anarquista consistió en abogar por «que el gobierno fuese reemplazado por un Consejo Nacional de Defensa compuesto por cinco miembros de su organización, cinco de la UGT, y cuatro miembros de los partidos republicanos».²³ Bollothen menciona la crítica mordaz de un anarquista frente a este intento orwelliano de evitar unirse al gobierno cambiándole el nombre: «El objetivo de este cambio puramente nominal era reconciliar su ferviente deseo de entrar en el gobierno con su doctrina anti-estatal ¡Qué infantilismo! Un movimiento que se había curado a sí mismo de todos los prejuicios y siempre se había burlado de las meras apariencias intentaba ocultar que habían abjurado de los principios fundamentales cambiando un nombre... Este comportamiento es tan infantil como el de la mujer desgraciada, que, habiendo entrado en una casa de mala reputación y deseando conservar una apariencia de moralidad, pide que se le llame hetera en vez de puta».²⁴

Los anarquistas intentaron esta táctica durante aproximadamente un mes hasta que se impuso el secretario nacional de la CNT Horacio Prieto, que favorecía la participación directa en el gobierno del Frente Popular. «Horacio Prieto decidió poner fin a los últimos elementos de oposición, dentro de la CNT y convocó un pleno de las federaciones regionales para el 18 de octubre. Esta vez sus argumentos prevalecieron. El pleno le otorgó plenos poderes para llevar a cabo las negociaciones a su manera con el fin de llevar a la CNT al gobierno. Yo estaba convencido», escribió después de la guerra, «de la necesidad colaborar y contuve mis propios escrúpulos ideológicos y de conciencia».²⁵ El resultado final de

²² Bollothen, op. cit., p. 200.

²³ Ibid, pp. 200-201.

²⁴ Ibid, p. 201.

²⁵ Ibid, p. 202.

las negociaciones de Prieto con el gobierno fue que la CNT obtuvo el control de los Ministerios de Justicia, Industria, Comercio y Sanidad. Bollothen señala y documenta ampliamente que: «Esta decisión no sólo representa una completa negación de los principios básicos del anarquismo, sacudiendo toda la estructura de la teoría libertaria hasta la médula, sino que, violentando el principio democrático, se realizó sin consultar a las bases». ²⁶ Esta violación no sería la última, como se verá.

En Cataluña, los anarquistas aún tenían más ganas de asumir poderes gubernamentales, pues allí se sentían lo bastante fuertes como para eclipsar al gobierno regional de Cataluña, la Generalidad. En vez de entrar oficialmente en el gobierno de Cataluña, los anarquistas eligieron conservar la Generalidad para que les diera cobertura legal; pero el poder real pasó a manos del Comité Central de Milicias Antifascistas que los anarquistas controlaban. Bollothen indica que a efectos prácticos, este Comité fue el gobierno de Cataluña con un nuevo nombre: «El Comité se convirtió de inmediato en el órgano ejecutivo de facto en la región. Su poder no se basaba en la arrumbada maquinaria del Estado, sino en la milicia revolucionaria, en los escuadrones de guardias de asalto y en la multitud de comités que surgieron en la región durante los primeros días de la Revolución. Los cometidos del Comité de Milicias, según Abad de Santillán, del que él mismo fue miembro, incluía el establecimiento del orden revolucionario en la retaguardia, la creación de unidades de la milicia en vanguardia, la organización de la economía y la acción legislativa y judicial». ²⁷ Después de unos meses, los anarquistas entraron formalmente en la Generalidad, sobre todo porque el gobierno central no parecía dispuesto a proporcionar armas a cualquier otra organización catalana.

Debe tenerse en cuenta que esos consejos y comités anarquistas no eran Estados mínimos de blandos modales que mantuvieran el orden mientras permitían a los trabajadores organizarse como quisieran. Eran Estados «modernos», en lo concerniente a sus relaciones con la economía, la educación, la propaganda, el transporte y prácticamente con todo lo demás.

²⁶ Ibid, p. 207.

²⁷ Ibid, p. 393.

La posición de los anarquistas en el gobierno central y en Cataluña se redujo gradual y considerablemente tras su entrada en gobiernos de coalición con las demás facciones anti-franquistas. Un patrón común consistió en que los no-anarquistas impulsaran alguna medida contra la que los anarquistas se oponían; luego se resistían durante un breve periodo; y, por último, la aceptaban después de cambiar algunas denominaciones o detalles de menor importancia. En mayo de 1937, tras sólo diez meses en el poder, los anarquistas se encontraron con que los comunistas y otros de sus enemigos políticos les llevaban la delantera tanto a escala nacional como en las autonomías o regiones.

Hubo una serie de crisis de gabinete en el gobierno regional de Cataluña; el resentimiento de los que no eran anarquistas, especialmente de los comunistas, ante el continuo control de facto que los anarquistas ejercían en Barcelona se hizo más intenso que nunca. Mientras que los miembros de la CNT que ocupaban cargos en el gobierno de Cataluña siguieron intentando llegar a un entendimiento con sus compañeros ministros, los anarquistas de base parece que se habían alejado cada vez más de sus líderes.

Un allanamiento en la sede de la compañía telefónica, que estaba controlada por los anarquistas, sacó esos sentimientos a la superficie (los que no eran anarquistas se opusieron a la utilización de escuchas telefónicas por parte de los anarquistas para espiar importantes conversaciones). Los ministros de la CNT únicamente exigían que se cesara a los principales responsables del ataque; pero cientos de anarquistas de base respondieron con furia, levantando barricadas. Según la descripción del asunto que hace Bolloten: «Esa misma noche [3 de mayo] el comité ejecutivo del POUM se reunió con los comités regionales de la CNT, FAI y de las Juventudes Libertarias. Julián Gorkin, un miembro de la ejecutiva [del POUM-Bryan Caplan], recuerda: “nos planteamos el problema en estos precisos términos: Ninguno de nosotros ha instado a las masas de Barcelona a tomar esta acción. Es una respuesta espontánea a la agresión estalinista... [los comités regionales] no tomaron ninguna decisión”. Su mayor exigencia consistió en pedir la revocación del comisario [de policía] que había provocado el incidente. ¡Como si no hubiera distintas fuerzas respal-

dándole y que había que destruir! ¡Siempre la forma en vez de la sustancia!»²⁸

Como indica esa cita, la dirección anarquista estaba fuera de sintonía con las bases; pidió a los militantes que detuvieran la lucha. Sus peticiones no fueron escuchadas, como Bollo ten señala: «Había fuerzas cuya intención era avivar el conflicto. No sólo eran los hombres de Rodríguez Salas quienes iniciaron nuevas acciones ofensivas, sino que el pequeño grupo trotskista de bolcheviques leninistas y los disidentes anarquistas amigos de Durruti, acompañados por algunos de los miembros más militantes del POUM, eran extremadamente activos. Mientras que los activistas ignoraron a la dirección anarquista, los ministros de la CNT trataron desesperadamente de negociar un acuerdo con sus colegas ministros de la Generalidad, que estaban llegados a este punto dispuestos a poner en peligro la autonomía catalana al permitir que las fuerzas armadas del gobierno central restablecieran el orden. Todo lo que los anarquistas lograron hacer fue obtener algunos retrasos y negociar sobre la formación de un nuevo gobierno, mientras engatusaban a las bases para que volviesen al redil. El secretario de la CNT Mariano Vázquez rogó de nuevo a los trabajadores que abandonaran las calles. “Os decimos que esta situación debe terminar... No queremos que este estigma caiga sobre los anarquistas españoles... Este no es el momento, frente a cadáveres amontonados, de discutir quién tiene razón. Es esencial que desaparezcáis con vuestras armas de las calles... No hemos de esperar a que otros lo hagan. Tenemos que hacerlo nosotros mismos. Después hablaremos. Si decidís, cuando tratemos sobre nuestra conducta en nuestra próxima asamblea, que merecemos ser fusilados, entonces nos fusiláis, pero ahora tenéis que obedecer nuestras consignas”...»²⁹

El resultado final fue que los refuerzos del gobierno central llegaron y colocaron firmemente el poder en manos de la Generalidad. El poder de los comunistas fue mucho mayor, tanto a nivel regional como nacional. Un nuevo gobierno central se formó con Juan Negrín como primer ministro. Bollo ten documenta ampliamente que Negrín colaboró voluntariamente con los comunistas,

²⁸ Ibid, pp. 433-434.

²⁹ Ibid, pp. 451-452.

por lo que no debería ser una sorpresa que los anarquistas perdieran todos sus cargos en el gobierno central. Uno podría pensar que por esta cuestión estarían completamente desilusionados con el poder, pero los anarquistas asumieron ahora el degradante papel de mendigo político que iba a desempeñar durante el resto de la contienda. Al tiempo que condenaba al gobierno de Negrín como contrarrevolucionario, la dirección de la CNT intentaba llegar a un nuevo acuerdo. Cuando Negrín formó su segundo gobierno, le tiró un hueso a la CNT, dándole los ministerios de Educación y de Sanidad. Esto fue suficiente para retener la colaboración de la CNT hasta la derrota de la República.

Poco tiempo después del nombramiento de Negrín, la CNT perdió todos sus escaños en la Generalidad Catalana. Haciendo de la necesidad virtud, Bolloten señala como *Tierra y Libertad* anunció que, «La CNT, con más de un millón de afiliados en Cataluña, ya no está con el gobierno. Esto se debe a que el anarco-sindicalismo no puede involucrarse con los políticos profesionales y no puede humillarse ante nadie... Se niega a contaminarse con este tipo de política sucia». ³⁰ En realidad, los parásitos de la CNT trataron repetidamente de recuperar algo de papel en el gobierno de Cataluña incluso cuando las fuerzas de Franco se estaban preparando para capturar Barcelona.

Una vez que la CNT dejó el gobierno, los comunistas intensificaron su persecución y el amedrentamiento de los anarquistas. Por otra parte, mientras que los anarquistas aglutinaban un porcentaje muy alto de soldados de la República, los comunistas tenían una representación enormemente desproporcionada en el cuerpo de oficiales. Es por ello que en vanguardia los anarquistas se convirtieron en carne de cañón para los comunistas, mientras la policía secreta comunista desataba su odio contra los anarquistas en la retaguardia. Tal y como señala Bolloten «El terror espontáneo y sin dirección de la CNT y la FAI durante el apogeo de la Revolución había dado paso ahora al terror más sofisticado, dirigido de forma centralizada y por ello más temible de los comunistas». ³¹

³⁰ Ibid, pp. 495-496.

³¹ Ibid, p. 498.

Por supuesto, de entrada uno podría preguntarse cómo fue posible que las fuerzas anarquistas pactaran con los comunistas. ¿Cómo podían los adversarios declarados de la propia existencia del Estado unir sus fuerzas con los peones de la dictadura más asesina y totalitaria que el mundo había conocido nunca? Incluso si los principios morales no les detuviera, al menos la propensión de los bolcheviques a exterminar a sus aliados anarquistas podría haberles dado que pensar. A pesar de que muchos anarquistas se dieron por fin cuenta de que la derrota de Franco llevaría a la creación de un Estado satélite soviético, siguieron luchando. Es evidente que la oposición de los anarquistas a los nacionalistas empujó su disgusto ante el totalitarismo Leninista.

Por otra parte, tal vez la CNT anhelaba tan fuertemente el poder que estaba dispuesta a sacrificar muchos de los principios de autolimitada. Después de mayo de 1937, soportaron una considerable humillación a cambio de un papel insignificante en el gobierno de la República. ¿Hubo algún límite en materia de principios que los anarquistas no estuvieran dispuestos a sacrificar con tal de ser actores políticos menores? Aparentemente no. Stanley Payne indica que la dirección de la CNT en realidad trató de llegar a un acuerdo con los fascistas en 1945 y en 1946. Como explica Payne, un líder falangista «empezó llegado el verano a negociar con el nuevo secretario general clandestino de la CNT, José Leiva, en Madrid. Su objetivo era rescatar a la Falange ganándose el apoyo de los anarco-sindicalistas de la oposición para conseguir implantar un sindicalismo nacional más fuerte que tuviese un mayor apoyo popular. Franco finalmente rechazó las exigencias de la CNT y las negociaciones terminaron al año siguiente. Con ello se renovó la represión sobre dirección de la CNT». ³² ¿Cuál fue la naturaleza de la operación que la CNT buscó con la Falange? «De acuerdo con un informe presentado a Franco en mayo de 1946 la dirección de la CNT ofreció una política de cooperación, proponiendo retirarse del gobierno republicano en el exilio de Giral y aceptar a tres falangistas en su comité nacional, pero a cambio insistió en que se le diera libertad para hacer proselitismo». ³³

³² Payne, op. cit., pp. 354-355.

³³ Ibid, p. 355 n 34.

Este fue el anarquismo de la CNT: un anarquismo que no sólo se alió con los totalitarios comunistas, sino que trataba de llegar a un acuerdo para compartir el poder con los totalitarios fascistas seis años después del final de la guerra civil.

3. Los colectivos urbanos

Burnett Bolloten fue el primer historiador de la corriente mayoritaria en documentar los cambios sociales radicales que se produjeron en la España republicana; la mayoría de los historiadores anteriores dieron por buenas sin más las justificaciones que el gobierno de la República ofreció para excluir su responsabilidad, a pesar del hecho de que los republicanos tenían todas las razones para ocultar ese radicalismo con el fin de obtener la ayuda militar de Gran Bretaña y Francia. Bolloten explica que la CNT, y en menor medida la UGT, aprovecharon el caos para tomar el control de los medios de producción:

En Valencia, una ciudad de más de 350.000 habitantes, casi todas las fábricas, tanto grandes como pequeñas, fueron secuestradas por la CNT y por la UGT, al igual que las de la provincia de Alicante, mientras que en la región de Cataluña, donde los anarco-sindicalistas experimentaron un ascenso casi descontrolado, durante los primeros meses de la Revolución, la colectivización en muchas ciudades se llevó a cabo tan a fondo que abarcaba no sólo las grandes fábricas, sino a los ramos menos importante de la artesanía. El movimiento de colectivización también se extendió a otros dominios exclusivos de las clases medias. En Barcelona, la capital de Cataluña, con una población de cerca de 1,2 millones de habitantes, los trabajadores anarco-sindicalistas colectivizaron el negocio al por mayor de los huevos y del pescado, crearon un comité de control en el matadero, y no solo excluyeron a todos los intermediarios, sino que también colectivizaron el principal mercado de frutas y verduras y suprimieron todos los distribuidores y comisionistas, permitiéndoles, sin embargo, unirse al colectivo como asalariados. El comercio de la leche en Barcelona fue también colectivizado. Los anarco-sindicalistas eliminaron a más de cuarenta plantas lecheras declarándolas no higiénicas, pasteurizando

toda la leche en las nueve restantes, y desplazaron a todos los distribuidores estableciendo sus propios puntos de venta.³⁴

De hecho, esta política de cierre de fábricas parece haber sido tan importante para el programa de colectivización de la CNT como el resto. Estos cierres de fábricas se justificaron con variados argumentos: eran poco saludables para los trabajadores o poco saludables para los consumidores o simplemente «ineficientes». Como explica Bolloten, «después de las primeras semanas de convulsiones generalizadas y no coordinadas, algunos de los sindicatos comenzaron una reorganización sistemática y total de operaciones, a cerrar cientos de pequeñas fábricas y a concentrar la producción en las que tenían mejores equipos».³⁵ Cabe destacar que España todavía estaba en medio de la Gran Depresión, en 1935 la producción industrial española estaba, en general, alrededor de un 13% por debajo del nivel de 1929. La producción en julio de 1936 era alrededor de un 18% inferior a la de enero de 1936, por lo que la existencia de capacidad no utilizada no es ninguna sorpresa.³⁶ Lo que es extraño es que con un desempleo masivo, los anarquistas cerraran gran parte de las empresas que quedaban en vez de invitar a los trabajadores desempleados a unirse a ellas.

Inicialmente, fueron los propios trabajadores (y no una nomenclatura anarquista) quienes por lo general asumieron el control de sus centros de trabajo. Citando a Fraser, «una cosa dominó la revolución libertaria: la práctica de la auto-gestión —la administración por los propios trabajadores de sus fábricas e industrias—».³⁷ Sin embargo, el gobierno tomó poco tiempo después el control o, por lo menos, lo intentó. En octubre, el gobierno de Cataluña, dominado por los anarquistas aprobó el Decreto de Colectivización y Control Obrero que legalmente reconoció muchas de las colectivizaciones realizadas de facto.

Con el reconocimiento del gobierno llegó la regulación gubernamental, como Fraser indica: «Comités de empresa, elegidos por

³⁴ Bolloten, op. cit., p. 57.

³⁵ Ibid, p. 58.

³⁶ Thomas, op. cit., pp. 966,973.

³⁷ Fraser, op. cit., p. 210.

una decisión de la Asamblea de los trabajadores y que representaban a todos los sectores de la empresa, eran los encargados de administrar la fábrica colectivizada» asumiendo las funciones y responsabilidades de los Consejos de Administración anteriores. «Un representante de la Generalitat elegido de acuerdo con los trabajadores se sentaría en cada comité. Las empresas colectivizadas (y las empresas privadas bajo control obrero) de cada sector de la industria serían representadas en una Federación Económica, a su vez rematada por un comité industrial que en general controlaba de cerca a toda la industria. El 50 por ciento de las ganancias de una empresa colectivizada iría a un fondo de crédito industrial y comercial destinado a financiar a la totalidad de la industria Catalana; el 20 por ciento era para ser puesto en el fondo colectivo de reserva y depreciación; un 15 por ciento a las necesidades sociales del colectivo y el restante 15 por ciento lo asignarían los trabajadores decidiéndolo en una asamblea general».³⁸ Bolloten informa que esta medida fue «promovida por la CNT y firmada por su representante en el gobierno, Juan P. Fábregas, Consejero de Economía»³⁹ por lo que el principio de auto-gestión por los trabajadores fue rápidamente descartado a favor de algo mucho más parecido al Socialismo de Estado; un mero 15% de los beneficios quedaba por mandato legal bajo el control discrecional de los trabajadores.

Hubo cierta oposición interna a estas medidas. De Santillán, sucesor de Fábregas, mostró hostilidad hacia algunas de sus características y no hizo cumplir estrictamente la ley. Más importante aún, había un enorme vacío legal —las empresas tenían que pagar un porcentaje de sus ganancias—. Para no tener que pagar impuestos, bastaba con eliminar los beneficios. Con control de los trabajadores, hay una manera simple de hacer esto: seguir subiendo los salarios hasta que los «beneficios» desaparecen. Los impuestos sobre los beneficios —que en eso consistía el Decreto— traerían un aumento de los ingresos públicos si los trabajadores y los propietarios fueran personas de distinta pasta; pero bajo el control de los trabajadores esos impuestos eran fáciles de evadir. Testimonio tras testimonio da cuenta de la abolición del trabajo a

³⁸ Ibid, pp. 210-211.

³⁹ Bolloten, op. cit., p. 224.

destajo, de la mejora de las condiciones de trabajo, de generosas compensaciones no salariales y de otras medidas similares. Esto es *a priori* sorprendente ¿Si son los propios trabajadores quienes dirigen la fábrica, no tendrán acaso que sufrir las consecuencias de obstaculizar la producción? Si el gobierno grava la mayor parte de los beneficios de los trabajadores, la respuesta es no. Como dice Thomas «El sindicalismo industrial de Barcelona se limitó, a diferencia de en las zonas rurales controladas por los anarquistas, a los salarios individuales y no experimentó con los salarios de las familias. Es cierto que probablemente estos salarios aumentarían a finales de 1936 en alrededor de un tercio con respecto a julio. Pero sus efectos se vieron arruinados por la inflación, por la caída de la producción, la escasez de crédito así como una afluencia de refugiados de Castilla y Aragón».⁴⁰

Por lo tanto, debido a la débil aplicación y fácil evasión de las regulaciones e impuestos del gobierno, parece que algunos trabajadores se comportaron como nuevos copropietarios de los bienes de sus ex-empleadores. Esto generó una vaga aprensión entre muchos anarquistas y la experiencia pronto les permitió expresar sus preocupaciones. El anarquista José Peirats describe acertadamente su esencial preocupación: «Fortificadas tras sus respectivos colectivos, las industrias simplemente se limitaron a sustituir a los viejos compartimientos estancos del capitalismo y terminaron inevitablemente cayendo en la burocracia, el primer paso hacia una nueva sociedad de desiguales. Los colectivos terminaron librando las mismas guerras comerciales contra otros con la misma combinación de celo y mediocridad que caracterizó a los viejos negocios burgueses. Y por ello intentaron ampliar el concepto de colectivismo para incluir, de manera estructural y permanente, a todas las industrias en un cuerpo armonioso y desinteresado».⁴¹ Joan Ferrer, secretario de los empleados del comercio del sindicato CNT pudo confirmar el temor de Peirats «Llegó como un shock psicológico a algunos trabajadores encontrarse de repente liberados de la tutela capitalista. Intercambiando un individualismo por otro, con frecuencia creyeron que ahora que los propietarios ya no estaban,

⁴⁰ Thomas, op. cit., p. 528.

⁴¹ José Peirats, op. cit., p. 125.

eran ellos los nuevos propietarios. A pesar de que en este caso afectaba a los trabajadores de cuello blanco, el problema no se limitaba a ellos...».⁴²

En pocas palabras, después de que se dijera a los trabajadores que ellos eran ahora los propietarios de los medios de producción, a menudo entendieron esa declaración al pie de la letra ¿De qué sirve poseer los medios de producción si uno no puede emplearlos para hacerse rico? Pero por supuesto, si algunos trabajadores se hacen ricos, es poco probable que den voluntariamente sus beneficios a los demás miembros de su clase. Esto parece elemental después de una reflexión, pero sólo la experiencia práctica fue capaz de revelar esto a los reformadores económicos de la Revolución Española.

Fraser explica que en una conferencia conjunta del sindicato textil de la CNT-UGT «El sindicato de trabajadores de la madera intervino criticando ese estado de cosas, alegando que, mientras que talleres pequeños y no rentables se quedaban a luchar lo mejor que podían, la colectivización de empresas rentables no estaba dando lugar sino a la creación de dos clases; la de los nuevos ricos y la de los eternamente pobres. Rechazamos la idea de que deba haber colectivos ricos y pobres y ése es el verdadero problema de la colectivización». ⁴³ Bolloten repite una observación de Ricardo Sanz, un líder de la milicia de la CNT: «Las cosas no van tan bien como en los primeros días del movimiento [revolucionario]... Los trabajadores ya no piensan en trabajar largas horas para ayudar a los que están en el frente. Solamente piensan en trabajar lo menos posible y conseguir los salarios más altos posibles».⁴⁴ Bolloten atribuye ese menor entusiasmo a la represión comunista, pero es igualmente congruente con la simple observación de que las personas a menudo prefieren mejorar su propia suerte en la vida a alimentar una revolución.

En resumen, la experiencia práctica revela gradualmente una verdad básica de la Economía para la que la reflexión teórica habría sido suficiente: si los trabajadores se hacen cargo de una fáabri-

⁴² Fraser, op. cit., p. 220.

⁴³ Ibid, p.231.

⁴⁴ Bolloten, op. cit., p. 499.

ca, van a gestionarla en beneficio propio. Una empresa gestionada por los trabajadores es esencialmente idéntica a una empresa capitalista en la que los trabajadores son además accionistas. Una vez que llegaron a esta conclusión, aunque fuera débilmente, los anarquistas españoles tuvieron que adoptar el capitalismo como corolario del control de los trabajadores o denunciar el control de los trabajadores como corolario del capitalismo. En su mayor parte, eligieron la segunda opción.

Como escribe Bolloten, «Los anarco-sindicalistas, contrariamente a lo que comúnmente se cree, tenían sus propios planes para el control de todo el país y para racionalizar la producción. Estando de raíz opuestos al control estatal o a la nacionalización, defendieron la centralización —o la socialización como ellos la llamaban— y la entrega de la gestión de ramas enteras de la producción a sindicatos. “Si la nacionalización se llevase a cabo en España como quieren los socialistas y comunistas” dijo un periódico anarquista, “deberíamos estar en camino de una dictadura, ya que mediante la nacionalización de todo, el gobierno se convertiría en el dueño, el jefe, el jefe absoluto de todo y de todos”...»⁴⁵ La solución anarquista ante este peligro de dictadura absoluta consistió en llamar a la dictadura absoluta con un nombre diferente. «En opinión de los anarco-sindicalistas», explica Bolloten, «la socialización eliminaría los peligros del control gubernamental al colocar la producción en manos de los sindicatos. Esta era la concepción libertaria de la socialización, sin la intervención del Estado, eliminaría los restos de competencia y las duplicidades, haría posible la planificación de toda la industria, tanto para las necesidades civiles como militares y detendría el crecimiento de las acciones egoístas de los trabajadores de los colectivos más prósperos al emplear sus beneficios en elevar el nivel de vida en las empresas menos favorecidas».⁴⁶ Por supuesto, uno podría negarse a llamar «Estado» a un sindicato provisto de tan temibles poderes, pero necesitaría de todo el aparato represivo y de toda la autoridad de un Estado para ejecutar sus objetivos. «Los colectivos más prósperos», por ejemplo, sería poco

⁴⁵ Ibid, p. 225.

⁴⁶ Ibid.

probable que se sometieran voluntariamente a una planificación integral de la industria financiada con sus beneficios.

Los nacionalistas conquistaron Cataluña antes de que el gobierno hiciera oficialmente ningún esfuerzo concertado para nacionalizar las fábricas de los trabajadores. Pero es dudoso que, de haberse producido esa nacionalización, el gobierno se hubiera encontrado con mucha resistencia de la CNT.

Al describir las conferencias de la CNT de septiembre de 1937 y enero de 1938, Thomas afirma: «A pesar de que se plasmaran sugerencias para la reforma, la mayoría de las ideas presentadas buscaban mejorar la situación existente; el aspecto milenarista del anarquismo casi había desaparecido. Lo que quedaba parecía no ser más que un movimiento federalista, sin organización nacional eficaz, que, en general, aunque a regañadientes, dio su apoyo al gobierno. Bajo la influencia del pragmático ex-secretario general de la CNT Horacio Prieto, los anarquistas fueron persuadidos de que tenían que aceptar la idea de la nacionalización de las grandes industrias y de los bancos a cambio de la colectivización de las pequeñas industrias y de la tierra, así como de la “municipalización” de los servicios locales».⁴⁷

Aunque la expropiación formal de los trabajadores no se produjo, el gobierno utilizó con frecuencia su control sobre el sistema monetario y sobre la banca española para nacionalizar clandestinamente los medios de producción. Por razones ideológicas, los anarquistas siempre habían evitado trabajar en el sector bancario, por lo que los trabajadores que se hicieron con el control de los bancos eran miembros de la UGT socialista en lugar de la anarquista CNT. Para obtener crédito, los anarquistas tenían que obtener un préstamo de los bancos controlados por los socialistas o bien recibir un rescate del gobierno central. Bolloten explica el dilema de los colectivos de trabajadores:

Otro obstáculo para la integración de la industria en una economía libertaria reside en el hecho de que un gran número de empresas controladas por la CNT estaba en un estado de insolvencia o cuasi insolvencia y se veían obligadas a buscar la intervención

⁴⁷ Thomas, *op. cit.*, p. 784.

del gobierno para asegurarse ayuda financiera ... Tanto en Cataluña como en el resto de la España republicana, esta situación creó graves problemas económicos para los colectivos de la CNT. Tan desesperados estaban algunos de ellos que el anarco-sindicalista Juan Peiró, Ministro de Industria, recomendó abiertamente la intervención del gobierno central, tras recibir su departamento más de once mil solicitudes de fondos solo en el mes de enero de 1937.⁴⁸

Fraser y Thomas corroboran el análisis de Bolloten. «Había comités», explica Fraser, «que ... simplemente continuaban presentando sus nóminas a la Generalitat y ésta las pagaba en vez de intentar conseguir que sus empresas funcionaran».⁴⁹ En la nota al pie, Fraser añade: «Esto se institucionalizó más tarde con el nombre de Monte de Piedad, mediante el cual los trabajadores de las empresas deficitarias recibían sus salarios a cambio de empeñar los bienes de capital y las existencias de sus empresas con la Generalidad — una medida que dio a ésta el control virtual de las empresas—».⁵⁰ En una línea similar, Thomas escribe que: «en todas las grandes industrias, y en las industrias importantes para la guerra, un representante del Estado se sentó en el comité. Sería el responsable de controlar el crédito y, a veces, las materias primas. Su papel se hizo más y más importante, por lo que, en algunas empresas (especialmente las fábricas de municiones), pronto se lograría algo parecido a una nacionalización».⁵¹ Fuera de Cataluña, el gobierno central... procuró colocar todas las fábricas bajo la supervisión del Estado, ya estuvieran nacionalizadas o fueran de gestión privada. Para conseguirlo, el crédito se hizo difícil para las fábricas anarquistas y el gobierno les impuso muchas más dificultades... Esto ocurrió a pesar de que, nominalmente, había un anarquista, Peiró, en el Ministerio de Industria.⁵²

Peiró inicialmente intentó impulsar la colectivización de toda la industria mediante un Decreto pero el Primer Ministro Caballero sofocó la idea ya que alejaría a los capitalistas extranjeros y a sus

⁴⁸ Bolloten, op. cit., pp. 226-227.

⁴⁹ Fraser, op. cit., p. 211.

⁵⁰ Ibid, n. 1.

⁵¹ Thomas, op. cit., p. 529

⁵² Ibid, p. 531.

gobiernos. A continuación, Bolloten explica, «Peiró dio entonces nueva redacción a su Decreto... Del gabinete el Decreto pasó a una Comisión Ministerial que, según Peirats, lo convirtió en un esqueleto. Pero el calvario no había terminado. Para poner sus medidas en práctica hacía falta dinero, es decir, un presupuesto que debía ser concedido por el Ministro de Hacienda [Juan Negrín]. Éste regateó como un usurero para finalmente conceder una suma insignificante... por último, el Banco Industrial intervino, lo que redujo la cantidad aún más».⁵³

La forma más sencilla mediante la que los colectivos de trabajadores podrían haber evitado depender del gobierno habría consistido en emitir deuda; en definitiva, pedir un préstamo al público en general y no al gobierno. Pero sin duda, el temor a revelar la existencia de un excedente de riqueza disponible para préstamos haría imposible ese planteamiento. Aún en el caso de que su seguridad física no les preocupara, los inversores no podían esperar recuperar su dinero. Por tanto, la inseguridad de los derechos de propiedad hizo que fuera muy difícil obtener préstamos del público con lo que los propios colectivos se hipotecaron poco a poco con el gobierno hasta que finalmente éste, y no los trabajadores, era quien poseía los medios de producción.

Fraser sostiene que, «Estas dificultades podrían haberse mitigado si el fondo industrial y comercial previsto por el Decreto se hubiese establecido rápidamente, porque uno de sus propósitos era canalizar fondos de los colectivos más ricos a los más pobres. Se tenía que financiar con un gravamen del 50 por ciento de los beneficios de un colectivo».⁵⁴ Aunque se hubiera aplicado, casi todas las fuentes indican que los beneficios eran casi inexistentes; posiblemente, como ya he señalado, porque los trabajadores eran lo bastante listos como para darse cuenta de que el aumento de sus salarios y la mejora de las condiciones de trabajo eran el camino más fácil para evitar toda tributación de los beneficios. Aunque esto hubiese impedido que los colectivos se convirtieran en dependientes del gobierno central, el resultado final sería hacerlos depen-

⁵³ Bolloten, op. cit., p. 227.

⁵⁴ Fraser, op. cit., p. 232.

dientes de un sindicato tan poderoso que era un Estado en todo menos en el nombre.

Fraser cita a Albert Pérez Baró, funcionario y ex-miembro de la CNT: «Esta medida verdaderamente revolucionaria [un impuesto sobre los beneficios del 50 por ciento] —aunque rara vez, o nunca, se aplicase— no fue bien recibida por un gran número de trabajadores, demostrando, por desgracia, que su comprensión del alcance de la colectivización era muy limitado. Sólo una minoría entendió que la colectivización significaba la devolución a la sociedad de lo que los capitalistas se habían históricamente apropiado...»⁵⁵ En otras palabras, la mayoría de los trabajadores interpretaron que el control obrero significaba que ellos se convertían realmente en los auténticos propietarios de sus puestos de trabajo, con todos los derechos y privilegios a ello inherentes. Sólo la élite se percató de que el control obrero no era más que un eufemismo de «control social» que a su vez sólo podía significar control por el Estado (o por un «consejo», «comité» o «sindicato» anarquista, que se ajustaba a la definición weberiana de Estado).

4. La militarización

En las primeras etapas de la guerra, los militantes de diversos partidos y sindicatos de izquierda combatieron con frecuencia contra los miembros del ejército nacional rebelde. No hay duda de que los militantes de la CNT sofocaron golpes militares en varias regiones y fueron inicialmente la vanguardia de las fuerzas anti-franquistas. «No había cuerpo militar central que pudiera supervisar la situación en todos los frentes de batalla, formulara un plan de acción común y decidiera sobre la asignación de los suministros disponibles en hombres, munición, armas y vehículos de motor de forma que se obtuvieran los mejores resultados en el frente más prometedor», explica Bolloten. «Tampoco se podía esperar tal control central en los primeros días de iniciativa individual y actividad espontánea». «Todos recordamos», escribe un simpatizante republicano, «cómo empezamos a hacer la guerra.

⁵⁵ Ibid.

Nos reuníamos unos amigos, nos subíamos a un camión o a un coche que teníamos o que habíamos confiscado, uno con una escopeta, otro con un revólver y un par de cartuchos y nos íbamos por la carretera a buscar a los fascistas. Cuando llegábamos a un punto en el que encontrábamos resistencia, luchábamos y cuando se agotaban las municiones, por lo general, no retirábamos pero no a una posición defensiva... sino a nuestro punto de partida».⁵⁶ Bolloten añade la observación de que, «para empeorar las cosas, cada partido y cada sindicato tenía su propia sede militar que, en la mayoría de los casos, asistía a las exigencias de su propia milicia sin ningún conocimiento o relación respecto de las necesidades o planes militares de otras unidades en el mismo o vecino sector y menos aún de las que estaban en frentes distantes...»⁵⁷

Si bien todas las milicias se resistieron, hasta cierto punto, a la disciplina militar, Bolloten afirma que en un primer momento las milicias anarquistas resistieron enérgicamente porque se tomaron en serio sus ideales: «Las milicias de la CNT-FAI reflejaron los ideales de igualdad, libertad individual y ausencia de disciplina obligatoria que eran parte integrante de la doctrina anarquista. No había ninguna jerarquía de oficiales, saludo militar ni reglamentación».⁵⁸ Por desgracia para los anarquistas, esta falta de disciplina hizo que su milicia fuera bastante ineficaz a pesar de su frecuente superioridad numérica. No pasó mucho tiempo hasta que la dirección anarquista decidió que el éxito militar era más importante que las nociones voluntaristas de la tropa. *Solidaridad Obrera* pronto escribió a favor de una más estricta disciplina: «Porque aceptar la disciplina significa que las decisiones tomadas por los compañeros asignados a cualquier tarea en particular, ya sea administrativa o militar, deben ser ejecutadas sin ninguna obstrucción en nombre de la libertad, una libertad que en muchos casos degenera en libertinaje».⁵⁹ Aunque muchos miembros de la clase de tropa se resistieron, la disciplina militar se hizo rápidamente común en las milicias anarquistas.

⁵⁶ Bolloten, op. cit., p. 259.

⁵⁷ Ibid.

⁵⁸ Ibid, p. 261.

⁵⁹ Ibid, p. 263.

Pronto se hizo evidente que el gobierno de la República intentaba formar su propio ejército nacional. Los ministros anarquistas se opusieron; Bolloten señala que, además de escrúpulos ideológicos, los anarquistas deseaban conservar el control militar e impedir que cayera en manos de los comunistas. Para contrarrestar esta tendencia hacia un ejército nacional, explica Bolloten, «Los líderes de la CNT-FAI habían propuesto en septiembre de 1936 que se crease una milicia de guerra sobre la base del servicio militar obligatorio y bajo el control conjunto de la CNT y la UGT...»⁶⁰ En apenas dos meses, los anarquistas abogaban abiertamente a favor del reclutamiento forzoso —por que se esclavizase a los hombres jóvenes para que matasen o muriesen— en tanto los reclutas se veían obligados a arriesgar sus vidas por la causa de la CNT (como durante esta etapa la UGT mantuvo la lealtad de una proporción mucho menor de la clase obrera, el control conjunto de la CNT y de la UGT supuso claramente que la UGT desempeñara en el mejor de los casos un papel menor).

A pesar de su presencia en el gobierno nacional, explica Bolloten, «el movimiento libertario no pudo utilizar su participación en el gobierno para alzar su voz en el ámbito militar o incluso frenar el avance de los comunistas, sino que al final se vio obligado a circunscribir sus esfuerzos a mantener el control de sus propias unidades de la milicia y asegurarse el suministro de armas desde el Ministerio de Guerra».⁶¹ El Ministerio de la Guerra tenía muchas palancas para garantizar que las milicias anarquistas cumplieran. No sólo podían dar o negar armas, equipos y demás. El gobierno también puso a las milicias anarquistas en la nómina del gobierno con lo que después podría amenazar con retener el dinero de cualquier unidad que se resistiera a las decisiones del gobierno.

La decisión más importante que tomó el gobierno fue la de «para-militarizar» las milicias: en suma, absorberlas en el ejército del gobierno y someterlas al régimen militar ordinario. La mayor parte de las columnas de milicianos se sometieron rápidamente, aunque no está claro en qué medida esto se debió a que estaban siguiendo las órdenes de la dirección anarquista o atraídos por el

⁶⁰ Ibid, p. 324.

⁶¹ Ibid, p. 325.

dinero y las armas del gobierno central. Una excepción notable fue la llamada Columna de Hierro. «Ninguna columna», explica Bolloten, «representó mejor el espíritu del anarquismo, no hubo columna que fuera más vehementemente contraria a las incoherencias del movimiento libertario entre la teoría y la práctica y que exhibiera una enemistad más vibrante hacia el Estado, que la Columna de Hierro...»⁶² Bolloten cita a uno de los miembros de la columna de Hierro, en cuyas palabras hay claramente un fuerte matiz de crítica a los anarquistas que colaboraban con el gobierno: «Nosotros no aceptamos nada que vaya en contra de nuestras ideas anarquistas, ideas que deben convertirse en realidad, porque no se puede predicar una cosa y hacer otra».⁶³

No alabemos su idealismo en demasía, hay que señalar que la Columna de Hierro, aparentemente no vio ninguna contradicción entre el anarquismo, el terrorismo y el robo. «En los primeros meses de la guerra», afirma Bolloten, «había sido capaz de confiar en sus propias campañas de reclutamiento y en las confiscaciones llevadas a cabo con la ayuda de los comités controlados por anarquistas en los pueblos y ciudades de la retaguardia. “Durante nuestra estancia en Valencia”, rezaba un manifiesto publicado por la columna, “nos dimos cuenta de que, mientras que nuestras negociaciones para la compra de armas habían fracasado, debido a la falta de dinero en efectivo, en muchas tiendas había una gran cantidad de oro y otros metales preciosos, y fue esta consideración la que nos indujo a apoderarnos del oro, plata y platino de varias joyerías”...» «Alrededor de octubre [1936]», relata el historiador [Rafael Abella–Bryan Caplan], «la columna abandonó el frente... y se marchó de expedición a Valencia [que estaba bajo control republicano–Bryan Caplan] sembrando el pánico a su paso. Su objetivo era limpiar la retaguardia de todos los elementos parásitos que ponían en peligro los intereses de la revolución. En Valencia, irrumpieron en hoteles y restaurantes, aterrorizando la ciudad. En una incursión a tiendas de joyería se apoderaron de todo el oro y la plata que pudieron encontrar».⁶⁴

⁶² Ibid, p. 333.

⁶³ Ibid.

⁶⁴ Ibid, p. 334.

A medida que el gobierno central reafirmó su autoridad, tales incursiones en las ciudades republicanas se volvieron demasiado peligrosas; pero como la Columna de Hierro seguía arremetiendo contra la colaboración anarquista en el gobierno del Frente Popular, la Columna de Hierro también se vio incapaz de obtener recursos legalmente. La Columna de Hierro siguió negándose a la militarización, pero el gobierno central intensificó su presión sobre las discrepantes milicias.

El Ministerio de la Guerra, no sólo había decidido retener las armas de todas las unidades de milicianos que se negaran a reorganizarse según las indicaciones prescritas, sino que había decretado, aunque con una redacción cuidadosa, que los pagos a todos los combatientes —que en el caso de la milicia se había previamente realizado a cada columna mediante entrega de una suma global sin supervisión y con independencia de cual fuera su estructura— de ahora en adelante se distribuirían por medio de habilitados de caja adscritos a cada batallón. Como el Decreto no hacía mención de que fuera a haber habilitados de caja en unidades que no hubiesen adoptado una estructura militar, quedaba claro que si la columna de Hierro se aferraba a su estructura de milicia no tardaría en llegar el momento en que tendría que suspender los pagos.⁶⁵

Al final, algunos miembros de la Columna de Hierro desertaron para no enfrentarse a una militarización (noventa y siete hombres fueron denunciados como desertores por sus compañeros anarquistas) mientras que los otros se doblegaron e unieron al ejército regular.

Para ser más precisos, la mayor parte de los efectivos de la Columna de Hierro se unieron a unidades que, aunque nominalmente formaban parte del ejército del gobierno central, en realidad eran parte del feudo privado de la CNT. Mientras que los comunistas hicieron todo lo posible para establecer unidades «mixtas» en lo ideológico (con un poco de suerte bajo el mando de oficiales comunistas), los anarquistas intentaron con mucha firmeza mantener unidos a los soldados anarquistas. Tan ansiosa estaba la dirección anarquista en formar una fuerza armada que estuvieran de facto

⁶⁵ Ibid, p. 335.

bajo su control, que el Congreso Nacional de la CNT aprobó libremente el reclutamiento forzoso —con una condición—:

A pesar de que un congreso nacional de la CNT decidió aceptar la movilización de las dos clases anunciadas por el gobierno, lo hizo dando por entendido que todos los hombres con carnet de afiliado anarco-sindicalista serían reclutados por la CNT para servir en sus propias unidades de milicianos. En Cataluña, el comité regional de la CNT declaró en referencia a esta decisión: «Como sería muy infantil entregar a nuestras fuerzas al control absoluto del gobierno... el Congreso Nacional ha decidido que todas las personas de las dos clases [movilizadas] que pertenezcan a nuestra organización sindical deben presentarse de inmediato al cuartel de la CNT o, en su defecto, a los comités de defensa de los sindicatos o [de la CNT] [de su localidad], que tomará nota de su filiación, su edad, su empleo, la clase a la que pertenece, su dirección y todos los datos necesarios ... Este comité emitirá tarjetas de miliciano que se enviarán a los compañeros alistados, que, por supuesto, a partir de ahora estarán a disposición del Comité regional, que los asignará a la columna o frente que elegido»...⁶⁶

De esta manera, el anarquismo español abandonó hasta la pretensión de servir voluntariamente en las fuerzas armadas. En vez de defender el derecho del individuo a elegir si deseaba o no unirse al ejército, la CNT se limitó a hacer todo lo posible por conseguir su justa parte del cupo de desventurados reclutas.



⁶⁶ Ibid, p. 346.

Como evidencian las observaciones respecto de la Columna de Hierro, la CNT no hizo ningún intento por subsistir exclusivamente de las aportaciones voluntarias en tiempo de servicio y recursos. Aceptó rápidamente las dádivas del gobierno. Lo que es aún más importante, los anarquistas españoles no perdieron ocasión de apoderarse de los recursos necesarios. En la mayoría de los casos, lo hicieron en las zonas donde constituían el poder dominante; el saqueo caótico de la Columna de Hierro se vio eclipsado por el saqueo oficial de los distintos comités y consejos anarquistas. Sin embargo, quedaban pocos metales preciosos y divisas que robar, al menos que estuvieran a la vista; la verdadera fuente de riqueza eran los seres humanos. Como se expone en la siguiente sección, cuando los anarquistas se dieron cuenta de que podían extraer alimentos y valiosos productos agrícolas de los colectivos forzosos de aterrorizados campesinos, se les brindó una oportunidad que simplemente era demasiado buena como para dejarla pasar.

5. Los colectivos rurales

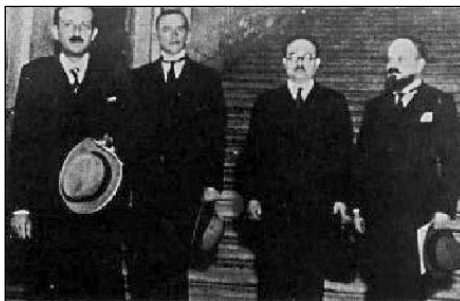
En agosto de 1937, el primer ministro Juan Negrín ordenó en secreto a las fuerzas del gobierno bajo la dirección de los comunistas que disolvieran el Consejo de Aragón, un organismo controlado por los anarquistas que gobernaba de hecho en una región que estaba en zona republicana. Una de las acciones principales de esta operación dirigida por los comunistas iba dirigida a destruir los colectivos rurales controlados por los anarquistas. Para justificar su acción, los comunistas acusaron a los anarquistas de imponer la colectivización forzada a un campesinado hostil. Teniendo en cuenta la colectivización forzada y el terror de las hambrunas padecidas en la Unión Soviética de Stalin tan solo unos pocos años antes, era ésta una curiosa acusación.⁶⁷ Pero con todo y con eso, hacerlo, lo hicieron, al tiempo que el movimiento anarquista, sin-

⁶⁷ Sobre la colectivización forzada de Stalin véase esp. Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine* (Nueva York: Oxford University Press, 1986).

tiéndose atacado, denunciaba a los comunistas por su brutalidad al servicio de la contrarrevolución. Como Bolloten escribe:

La población de Aragón, especialmente el campesinado, según nos cuenta la historia oficial comunista de la Guerra Civil, aclamó con entusiasmo indescriptible la disolución del gobierno, pero Ricardo Sanz, el comandante anarco-sindicalista de la vigésimo sexta División, pinta una imagen menos radiante. Según él, la undécima División tomó al asalto los centros oficiales en Caspe y detuvo a la mayoría de los oficinistas, disolviendo el gobierno de Aragón por la fuerza. «Se tomaron medidas severas contra todos los pueblos, atacando a las colectividades campesinas. Se les despojó de todo —de las bestias de labor, de alimentos, de aperos agrícolas y edificios— e iniciaron una feroz represión y persecución de los miembros del colectivo»...⁶⁸

Uno tendría que ser tonto para creerse las palabras de un comunista. Aún así, el hecho de que la acusación la originasen los comunistas no es razón para impedir una investigación objetiva y verificar la veracidad de sus afirmaciones. Los comunistas fueron con frecuencia los autores de los informes de las atrocidades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial; ¿Significa esto que cualquier estudio histórico de los campos de concentración nazis es sospechoso? Por supuesto que no. Simplemente significa que uno debe poner especial cuidado a la hora de buscar fuentes independientes y no contaminadas por la maquinaria de propaganda comunista (por ello, como las pruebas de Thomas del carácter involuntario de los colectivos proviene casi en su totalidad de fuentes comunistas, las omito)



The only power to establish diplomatic relations with the Republic during the war was the Soviet Union, whose Ambassador, Marcel Rosenberg (first left) is seen here after presenting his credentials to President Azaña.

⁶⁸ Bolloten, op. cit., p.526.

Con esto en mente, repasamos a continuación la historia de los anarquistas y de la colectivización rural. Como hasta ahora hemos venido haciendo, la obra de Burnett Bolloten que lleva por título *The Spanish Civil War* es la referencia más frecuente, tanto por su gran objetividad como por su exhaustividad. En este tema en particular, las palabras de Bolloten resuenan con mayor intensidad si cabe, porque fue Bolloten, más que ningún otro historiador, quien documentó la propaganda engañosa y la ambición de poder absoluto del movimiento comunista español.

Tras el intento de golpe militar de julio de 1936, en muchas zonas rurales se produjo una revolución de tinte algo similar a la ocurrida en las zonas urbanas. Cabe señalar, sin embargo, que el poder de la CNT se centraba en las ciudades en lugar de las zonas rurales, por lo que sería extremadamente sorprendente que la revolución rural fuese algo tan «espontáneo» como la revolución urbana. «Empezaron a surgir muy rápidamente colectivos, en los que no sólo los medios de producción, sino también el consumo estaban socializados», explica Fraser. «No sucedió porque la dirección de la CNT hubiese dictado instrucciones en ese sentido —como tampoco ocurrió con los colectivos de Barcelona—. Aquí, como allí, la iniciativa vino de los militantes de la CNT; aquí, como allí, el ‘clima’ para la revolución social en la retaguardia fue creado por la fuerza armada de la CNT: el dominio de las calles de Barcelona por parte de los anarco-sindicalistas se reeditó en Aragón cuando entraron las columnas de milicianos de la CNT, formadas principalmente por trabajadores anarco-sindicalistas catalanes. En los pueblos en los que había un núcleo de anarco-sindicalistas, éstos aprovecharon el momento para llevar a cabo la tan esperada revolución y colectivización de forma espontánea. Cuando no había ninguno, los vecinos podían encontrarse bajo una presión considerable de las milicias para colectivizarse...»⁶⁹ Nótese bien que lo que destaca Fraser es que en el Aragón rural los anarquistas consiguieron imponerse en gran medida gracias al apoyo de los anarquistas catalanes de zonas urbanas. Sin embargo la exagerada pretensión anarquista de que ellos eran quienes representaban «al pueblo»,

⁶⁹ Fraser, op. cit., p. 349.

aunque es cierta en el caso de Barcelona, es una afirmación absurda en el caso del Aragón rural.

Bolloten da más detalles sobre las etapas iniciales de la revolución rural. «Aunque de inmediato no se aplicaron reglas severas dirigidas a establecer el comunismo libertario, el procedimiento fue más o menos el mismo en todas partes. En cada localidad donde se instituyó el nuevo régimen se creó un comité de la CNT-FAI. Dicho comité no sólo ejercía el poder legislativo y el ejecutivo sino que también administraba justicia. Uno de sus primeros actos fue abolir el comercio privado y colectivizar la tierra de los ricos, y muchas veces la de los pobres, así como los edificios, instalaciones, máquinas, animales de labor y medios de transporte. Excepto en casos raros, los peluqueros, panaderos, carpinteros, zapateros, médicos, dentistas, maestros, herreros y sastres también cayeron bajo el sistema colectivo. Las existencias de alimentos, ropa y otras necesidades se concentraron en un depósito comunal bajo el control del comité local; y la iglesia, si no había quedado inutilizada por el fuego, se convirtió en almacén, comedor, cafetería, taller, escuela, garaje o cuartel. En muchas comunidades el dinero para uso interno fue abolido...»⁷⁰

A los anarquistas apenas les costó un mes hacerse con el gobierno de aquellas partes de Aragón que estaban bajo su control, denominándolo eufemísticamente con el apelativo «Consejo Regional de Defensa de Aragón». Como explica Thomas, *“Los colectivos establecidos en Aragón —la CNT afirmó más tarde que había 450 de ellos— celebraron una conferencia a finales de septiembre ... Instituyeron un ‘Consejo de Defensa’ regional, compuesto por miembros de la CNT y presidido por Joaquín Ascaso, un primo del famoso anarquista muerto en julio. Tuvo su sede en Fraga, y desde allí ejerció el poder supremo sobre todo el Aragón revolucionario”*.⁷¹ Los anarquistas enfurecieron a las otras facciones republicanas por excluirlos del Consejo de Aragón, pero era poco lo que podían hacer. Por consiguiente, mientras que el comportamiento del gobierno de Cataluña fue un compromiso entre anarquistas y otras facciones, las acciones del Gobierno de Ara-

⁷⁰ Bolloten. cit., pp. 65-66.

⁷¹ Thomas, op. cit., p. 430.

gón revelan las inclinaciones anarquistas por mantener un gobierno sin divisiones.



Muchas personas huyeron por temor a perder la vida. Sus tierras fueron expropiadas casi inmediatamente. Después de todo, ¿Quién sino un «fascista» huiría? La expropiación de tierras de quienes estaban demasiado aterrados ante el nuevo régimen, como para quedarse y esperar a ver cómo sería su nueva vida, constituyó el núcleo en torno al que se formaron los colectivos. Bolloten cita a una autoridad, que explica que, «Se expropió aproximadamente un tercio de todas las tierras y (desde que se produjo la colectivización principalmente de las tierras de cultivo) entre la mitad y dos tercios de toda la tierra cultivada en la España republicana. Por una cruel ironía, las víctimas eran en su mayoría pequeños y medianos propietarios, ya que la mayoría de las zonas de latifundio había caído en manos de los nacionalistas...»⁷² Aunque los anarquistas de vez en cuando hablaban de derribar el feudalismo, no hicieron tal cosa; como señala Fraser, en España el feudalismo había sido abolido en gran medida a finales del siglo XIX. «En el transcurso de un siglo, la burguesía siguió ampliando sus propiedades hasta que, en la década de 1930, aproximadamente el 90 por ciento de las tierras agrícolas de España estaba en sus manos, el resto era propiedad de la alta nobleza».⁷³

Los agricultores que huyeron para salvar la vida no fueron obviamente participantes voluntarios en el experimento de colectivi-

⁷² Bolloten, op. cit., p. 62.

⁷³ Fraser, op. cit., pp. 36-37.

zación anarquista. ¿Qué pasó con el resto? Una de las afirmaciones persistentes de los defensores de los colectivos anarquistas es que los agricultores tuvieron por lo general «libertad de elegir»: O bien pudieron formar parte del colectivo o bien seguir cultivando de forma individual siempre que no contrataran a ningún trabajo remunerado.

La inmensa mayoría de las pruebas revela que los defensores de los colectivos están sencillamente equivocados. Bolloten nos dice que:

A pesar de que las publicaciones de la CNT-FAI citan numerosos casos de campesinos propietarios y arrendatarios que se habrían adherido voluntariamente al sistema colectivo, no puede haber ninguna duda de que un número incomparablemente mayor se opuso tenazmente o lo aceptó sólo bajo coacción extrema.⁷⁴

Bolloten pasa a explicar que era la presencia de la milicia anarquista lo que hizo posible la colectivización. Los militantes anarquistas, convencidos de su superioridad intelectual, llegaron con un plan para brindar a los agricultores una nueva vida:

«Nosotros como milicianos, debemos despertar en estas personas el espíritu que ha sido anestesiado por la tiranía política», decía un artículo publicado en un periódico de la CNT, en referencia a los aldeanos de Farlete. «Debemos dirigirlos por el camino de la verdadera vida, y para ello no es suficiente con aparecer un día por el pueblo, hay que proceder con la conversión ideológica de estos simples pueblerinos»...⁷⁵ La arrogancia y el paternalismo de estas observaciones es clara. ¿No había ninguna posibilidad de que los agricultores pudieran tener la razón y de que los anarquistas pudieran estar equivocados?

Bolloten da más detalles; debido a la presencia de las fuerzas armadas anarquistas, «el destino del propietario campesino y agricultor arrendatario en las comunidades ocupadas por las milicias de la CNT-FAI estaba decidido de antemano, porque aunque en

⁷⁴ Bolloten, op. cit., p. 74.

⁷⁵ Ibid, pp. 74-75.

general se celebrasen reuniones de la población y se llevaran a cabo votaciones para decidir sobre el establecimiento del sistema colectivo, los votos siempre fueron por aclamación ya que la presencia de milicianos armados nunca dejó de imponer respeto y miedo a todos los disconformes». ⁷⁶

En respuesta al alegato anarquista de respeto al derecho a no formar parte del colectivo, Bolloten responde que: «El hecho es que muchos pequeños propietarios y arrendatarios se vieron obligados a unirse a las granjas colectivas antes de que tuvieran la oportunidad de decidir libremente. Aunque el movimiento libertario tienda a minimizar el factor de la coacción en el desarrollo de la agricultura colectivizada o hasta a negarla por completo, fue, en ocasiones, abiertamente admitido. “Durante las primeras semanas de la Revolución”, escribió Higinio Noja Ruiz, un prominente miembro de la CNT, “los partidarios de la colectivización actuaron de acuerdo a sus propias opiniones revolucionarias. No respetaban ni propiedades ni personas. En algunos pueblos la colectivización sólo fue posible imponerla a la minoría”...» ⁷⁷

Fraser, confirma extensamente las alegaciones de Bolloten. «No había ninguna necesidad de dirigirlos a punta de pistola: el clima de coacción imperante cuando se estaba fusilando a fascistas, fue suficiente. Coexistieron colectivos espontáneos y forzosos, al igual que hubo colectivistas dispuestos y otros que no dentro de cada uno de ellos». ⁷⁸ Fraser continúa explicando que la colectivización rural fue muy diferente de la colectivización urbana; mientras que la segunda la realizaron normalmente los trabajadores, la primera no. «La colectivización, llevada a cabo bajo la cobertura general, aunque no necesariamente bajo la acción directa de las columnas de milicianos de la CNT, representaba el intento de una minoría revolucionaria por controlar no sólo la producción, sino el consumo con fines igualitarios y para las necesidades de la guerra. En esto, las colectividades agrarias diferían radicalmente de las colectividades industriales que regulaban únicamente la producción». ⁷⁹

⁷⁶ Ibid, p. 75.

⁷⁷ Ibid, p. 76.

⁷⁸ Fraser, op. cit., p. 349.

⁷⁹ Ibid, pp. 370-371.

Bolloten hace algunas afirmaciones sobre el carácter voluntario de los colectivos anarquistas que pueden ser tomadas fuera de contexto para hacer parecer que Bolloten acepta la opinión de quienes defienden que la colectivización rural fue «voluntaria». «Aunque la colectivización rural en Aragón se extendió a más del 70 por ciento de la población en la zona bajo control de la izquierda y en muchos de los 450 colectivos de la región fue en gran parte voluntaria, hay que subrayar que este desarrollo singular fue en cierta medida debido a la presencia de milicianos procedentes de la vecina región de Cataluña, la inmensa mayoría de los cuales eran miembros de la CNT y de la FAI». ⁸⁰ Es importante darse cuenta de que Bolloten considera con razón que los «colectivos voluntarios» fueron casi tan coactivos como los «forzosos»:

«Sin embargo, aunque ni la UGT ni la CNT permitieran al pequeño agricultor republicano mantener más tierras de las que podía cultivar sin la ayuda de mano de obra contratada, y en muchos casos fuera incapaz de disponer libremente de los excedentes de su cosecha porque estaba obligado a entregarlos al comité local en los términos dictados por éste, se vio a menudo obligado por medio de diversas formas de presión, como se demostrará más adelante en este capítulo, a unirse al sistema colectivo. Esto fue sobre todo así en los pueblos en los que los anarco-sindicalistas estaban en ascenso». ⁸¹ Aunque la ilegalidad de la contratación de mano de obra asalariada les parecía perfectamente justa a los militantes anarquistas, este hecho demuestra claramente que la mera existencia de colectivos no podía garantizar que nadie se empleara voluntariamente como asalariado para trabajar al servicio de un capitalista.

Fraser proporciona pruebas de que la prohibición de la contratación de trabajo asalariado fue a menudo incluso más estricta de lo que parece. Así nos relata resumidamente el testimonio de un agricultor, «Pero fueron los republicanos y socialistas que no se unieron a los colectivos a los que más compadecí. En cuanto trabajaban sus tierras por su cuenta no tenían problemas, pero si conseguían que un hermano o un vecino les echara una mano, entonces

⁸⁰ Bolloten, op. cit., p. 74.

⁸¹ Bolloten, op. cit., pp. 64-65.

es cuando empezaban a tenerlos. Se suponía que los individualistas solamente tenían la tierra que pudieran trabajar por su cuenta y si incurrían en cualquier infracción y recurrían a mano de obra externa se les echaban encima». ⁸² Es evidente que era posible conservar un derecho nominal a ser «individualista», mientras que en la práctica se impusieron tantas restricciones indebidas a los campesinos independientes que acabaron cediendo y uniéndose al colectivo.

¿Cuáles fueron las «diversas formas de presión» a las que alude Bolloten?

Aunque el propietario campesino y el agricultor arrendatario no se vieran obligados a adherirse al sistema colectivo, la vida se hizo difícil para los recalcitrantes; no sólo se les impedía emplear a mano de obra contratada y disponer libremente de sus cultivos, como ya se ha visto, sino que a menudo se les negaron todos los beneficios de que disfrutaban los miembros de los colectivos. En la práctica, esto significaba que en los pueblos donde se había establecido el comunismo libertario no se les permitía recibir los servicios de las barberías colectivizadas, de utilizar los hornos de la panadería comunitaria y los medios de transporte y equipos agrícolas de las granjas colectivas o de obtener suministros de alimentos del almacén comunal y de las tiendas colectivizadas. Por otra parte, el granjero arrendatario, que se había creído liberado del pago de alquiler con la muerte o huida del dueño o de su capataz, se veía con frecuencia obligado a seguir pegándolo al comité del pueblo. Todos estos factores se combinaron para ejercer una presión casi tan potente como la culata de un fusil y, finalmente, llevaron a los pequeños propietarios y arrendatarios de muchos pueblos a abandonar sus tierras y demás bienes a las granjas colectivas. ⁸³

Es especialmente extraño que los anarco-socialistas, que con frecuencia afirmaban que las interacciones superficiales de carácter voluntario (como la relación capitalista-trabajador) eran en el fondo de naturaleza coactiva, aceptaran tan crédulamente las cre-

⁸² Fraser, op. cit., p. 355.

⁸³ Bolloten, op. cit., p. 75.

denciales voluntaristas de los colectivos rurales anarquistas. Al menos, el trabajador puede tratar de encontrar a otro empleador; pero ¿Cuán «voluntaria» era la decisión de un agricultor de unirse al colectivo cuando de todas maneras tenía que vender su cosecha a un monoposonio anarquista legalmente protegido? De no haber prohibido los anarquistas la existencia misma de intermediarios y especuladores, un agricultor independiente siempre podría haberles vendido a ellos cuando los precios anarquistas eran demasiado bajos.

Incluso Graham Kelsey, un historiador que exhibe una ilimitada simpatía hacia el movimiento anarquista, revela de mala gana una importante palanca que se utilizaba para empujar al desventurado campesinado a integrarse en los colectivos. «La insurrección militar había llegado en un momento crítico del calendario agrícola. En el Bajo Aragón había campos de cereales listos para la cosecha... En la asamblea en Albalate de Cinca se había aprobado la cláusula inicial del programa acordado que exigía a todos los campesinos del distrito, ya fueran independientes o estuvieran colectivizados, contribuir por igual al esfuerzo de guerra, poniendo así de relieve una de las consideraciones más importantes del período inmediatamente posterior a la rebelión». ⁸⁴ El agricultor independiente, en definitiva, no tenía opción de permanecer al margen de la causa anarquista y dedicarse a lo suyo; aunque pudiera mantener su tierra, una gran parte de su producto pertenecía a la CNT. El hecho de que solamente un pequeño porcentaje de los colectivos anarquistas fueran denominados «colectivo integral», no puede alterar el hecho de que, aparte de la intensa presión del monopolio ejercido por la CNT a través de su dominio sobre la economía y los mercados agrícolas, un agricultor independiente seguía teniendo que «contribuir por igual al esfuerzo de guerra».

Fraser da cuenta del testimonio de Fernando Aragón y de su esposa Francisca, «ambos partidarios acérrimos de la CNT», que concretiza el aplastante poder monopolista de los anarquistas sobre la economía. «Tres o cuatro de los campesinos con explotacio-

⁸⁴ Graham Kelsey, *Anarchosyndicalism, Libertarian Communism and the State: The CNT in Zaragoza and Aragón, 1930-1937* (Amsterdam: International Institute of Social History, 1991), p. 164.

nes más grandes intentaron dejar el colectivo, pero el comité controlaba todas las fuentes de semillas y fertilizantes y no había ningún sitio, ya que el dinero había sido abolido, donde pudieran comprar lo que necesitaban. Tuvieron que permanecer en... Pero pronto vio que no solo eran los renuentes campesinos quienes no tenían ningunas ganas de trabajar: eran los veintitantos miembros del comité del pueblo —cuando con tres o cuatro habría bastado». Los hombres más jóvenes merodeaban con pistolas en el cinto, con aspecto de revolucionarios «pero sin comportarse como tales»... «El colectivo produjo cantidades considerables, se colmaron todas las necesidades del pueblo, excepto cuando el comité se negó a distribuir las existencias».⁸⁵ Fraser cuenta que cuando uno de los hijos gemelos de Francisca Aragón cayó enfermo, el comité rechazó llevarlo para que lo viera un médico... «Hubo un gran descontento. Las mujeres hablaron de ello. Íbamos a trabajar al campo —y era justo que fuéramos—. ¿Por qué las mujeres de los miembros del comité no deberían ir? De seguir así las cosas tendríamos que deshacernos del comité. Yo me quería ir, pero no podía. No teníamos dinero, ningún medio. Por otra parte, el comité tenía guardias apostados en las carreteras. Era el terror, la dictadura...»⁸⁶ En una nota al pie, Fraser explica con perspicacia que una vez que la CNT abolió el dinero (ni siquiera se intenta explicar cómo es que la abolición del dinero podría ser voluntaria) los campesinos eran impotentes. Una persona pobre con un poco de dinero tiene opciones; el campesinado aragonés no las tenía. «El problema colectivista de la falta de libertad para abandonar los pueblos —ya fuera de forma permanente o para realizar un viaje— excitó la imaginación de los observadores desde el principio. Con la abolición del dinero, el colectivo tenía ventaja puesto que cualquier persona que deseara viajar tenía que conseguir dinero republicano del comité. Esto significaba que tenía que justificar el viaje».⁸⁷

No hace falta decir, que hubo poca o ninguna libertad religiosa en los colectivos anarquistas. Mientras que muchas crónicas destacan el ostentoso gasto educativo de los anarquistas, rara vez seña-

⁸⁵ Fraser, *op. cit.*, p. 367.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 368.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 368 n. 1.

lan que el principal objetivo era lavar el cerebro a la siguiente generación. Como señala Thomas, «los colegios de la Iglesia se cerraron. La voluntad revolucionaria del pueblo había suprimido las escuelas de tendencia confesional. Ahora era el turno de la nueva escuela, basada en los principios racionalistas del trabajo y la fraternidad humana».⁸⁸ El despotismo de los anarquistas en ocasiones, se extendía a minucias como prohibir no sólo el alcohol sino el café y el tabaco. «En el pueblo libertario de Magdalena de Pulpis, por ejemplo, la supresión del alcohol y el tabaco fue aclamada como un triunfo. En el pueblo de Azuara, los colectivistas cerraron el café, ya que lo consideraban una institución frívola».⁸⁹ Bolloten cita a Franz Borkenau, un testigo ocular. «He intentado en vano conseguir una bebida, ya sea un café, vino o limonada. El bar del pueblo se ha cerrado por ser un comercio reprensible. Eché un vistazo a las tiendas. Estaban tan vacías como para intuir que se estaba cerca de la inanición. Pero los habitantes parecían estar orgullosos de ese estado de cosas. Estaban satisfechos, nos dijeron, por qué el consumo de café había llegado a su fin; parecían considerar esta abolición de cosas inútiles como una mejora moral.»⁹⁰ Como dijo un campesino: «No hay dinero para vicios"...»⁹¹ Por ello, la libertad de los campesinos aragoneses fue la libertad orwelliana de vivir precisamente como la milicia anarquista consideraba correcto.

El objetivo típico de la colectivización agrícola forzada en los países comunistas y en los del Tercer Mundo, ha sido financiar la industrialización de planificación centralizada. El feo secreto de los anarquistas es que el objetivo subyacente de la colectivización forzada era financiar su ejército y consolidar el poder de sus consejos y comités. Parte del expolio de productos agrícolas se utilizó para alimentar a las tropas; el resto se vendió en los mercados internacionales de oro y divisas, lo que a su vez les permitió comprar armamento. Por una vez en sentido literal, los campesinos fueron «explotados», deliberadamente separados de los compradores en un entorno de competencia, no les quedaba otra opción que vender

⁸⁸ Thomas, op. cit., p. 298.

⁸⁹ Bolloten, op. cit., p. 69.

⁹⁰ Ibid, p. 68.

⁹¹ Ibid.

a la CNT por una miseria, la cual podía utilizar el producto o revenderlo en condiciones normales a los precios vigentes en el mercado mundial.

Graham Kelsey, un ferviente admirador de los anarquistas españoles, hace todo lo posible por retratar favorablemente esta descarnada explotación. «Organizar el aprovisionamiento de los voluntarios de primera línea lo más rápido y lo más equitativamente posible tenía que ser algo más que un simple fin en sí mismo. Uno de los corolarios más comunes de la guerra en un sistema capitalista es el desarrollo de males sociales y económicos como el mercado negro, la especulación, y, como consecuencia, la escasez arbitrariamente impuesta y la grave inflación. Las poblaciones, en las que un gran número de voluntarios se había unido a las columnas, habían organizado de inmediato el envío de suministros al frente. Estos pueblos, sin embargo, no eran sino un puñado, principalmente aquellos con fuertes tradiciones anarco-sindicalistas. Evidentemente, la situación tenía que ser regularizada, especialmente en cuanto la insurrección inicial había empezado a asumir todas las características de una confrontación militar prolongada. Por ello, la colectivización agrícola se convirtió, no solo en una forma de asegurar la igualdad en la contribución de todos los pueblos a la carga que suponía el conflicto, sino también una manera de hacer que fuera imposible que quienes poseían los medios o la inclinación sacasen provecho de las exigencias impuestas a la economía regional por la existencia de una guerra civil. No era sólo una teoría libertaria; también era la única manera de garantizar la máxima producción agrícola con la mínima corrupción económica».⁹²

Kelsey es prácticamente el único historiador académico que intenta afirmar el carácter voluntario de los colectivos anarquistas. Entre sus muchas declaraciones desconcertantes, una que destaca es su intento de demostrar que los colectivos debieron ser voluntarios porque todos los apoyaron sin importar el partido. «Otra señal de la aceptación de la colectivización agrícola fue la adhesión de los miembros de otros grupos sindicales y políticos todos lo cuales, a nivel nacional, mantenían una postura hostil hacia la

⁹² Kelsey, op. cit., p. 163.

colectivización».⁹³ La gente normal ve un grado no natural de unanimidad e infiere de ello que dicho acuerdo solamente podía ser resultado de la coacción extrema. Kelsey ve un grado no natural de unanimidad e infiere de ello que dicho acuerdo únicamente pudo ser resultado de lo extraordinariamente buenos que eran los colectivos (del mismo modo, un grupo de conquistadores bien armados podría atribuir la repentina conversión de los paganos a la ineludible verdad de la fe católica y negar que sus armas de fuego tuvieran nada que ver con la decisión de los paganos).

Fraser, basándose en el testimonio del dirigente de la CNT Macario Royo, confirma este motivo rara vez mencionado. «[Royo] creía que los colectivos eran la organización más adecuada para controlar la producción y el consumo y la garantía de que el excedente se pusiera a disposición del frente. Todo estaba desorganizado. Las columnas dependían de los pueblos, no tenían otra fuente de suministro. Si no hubiera habido colectivos, si cada campesino hubiese guardado lo que produjo y dispuesto de ello a su antojo, el problema de los suministros habría sido mucho más difícil...»⁹⁴ Desde luego que sí; de haber habido un mercado libre, a los agricultores se les habría pagado el valor de su trabajo. Hay mucha ironía en la admisión tácita de Royo de que el «problema» del mercado libre es que previene la explotación, asegurando que se pague a todo el mundo por el producto de su trabajo. «Mediante la abolición del libre mercado y el racionamiento de los bienes de consumo, principalmente alimentos, los colectivos controlaron la economía local. La alimentación de las columnas sin que mediara previo pago se convirtió en motivo de orgullo o de resentimiento, dependiendo del compromiso ideológico de los aldeanos. Pero para Royo, como para la mayoría de libertarios aragoneses, el asunto no terminaba ahí. El propósito fundamental de la fundación de los colectivos era la igualdad social. “Que cada uno produzca de acuerdo a su capacidad, cada uno consume de acuerdo a su necesidad. Igualdad en la producción. Igualdad en el consumo. Aprovisionar a todos por igual ya estuvieran en el colectivo o en el frente —ése era

⁹³ Ibid, p. 167.

⁹⁴ Fraser, op. cit., p. 349.

el principio y el fin de los colectivos—"..."⁹⁵ Es de suponer que los trabajadores pobres de los pueblos no se dieran cuenta de que «la igualdad» también garantizaría la participación igualitaria de combatientes anarquistas que nunca habían puesto un pie en el pueblo.

Todo lo que había se destinaba a alimentar a las tropas; los lujos agrícolas se expropiaron para ser vendidos en los mercados internacionales. «Una de las más genuinas quejas contra la CNT que hicieron sus adversarios fue su control de los principales puertos y de la frontera franco-española, un control que le permitió enviar al exterior, a través de sus propias entidades de exportación, valiosos productos agrícolas que produjeron grandes cantidades de divisas. Mientras los anarco-sindicalistas consideraban este control como una conquista irrenunciable de la Revolución, el gobierno central lo veía como una cortapisa al todopoderoso Estado... Julián Zugazagoitia, el socialista moderado que se convirtió en ministro del interior con Negrín en mayo de 1937, afirma que el primer ministro y ministro de Finanzas prefería no tener anarquistas en el gobierno porque quería dismantelar todas las organizaciones de exportación creadas por la CNT y terminar de una vez por todas con la pérdida de divisas resultante del envío al exterior de almendras, naranjas y azafrán».⁹⁶



⁹⁵ Ibid.

⁹⁶ Bolloten, op. cit., p. 491.

En julio de 1937, los anarquistas aragoneses estaban tratando desesperadamente de evitar el triste destino de sus compañeros catalanes. Los comunistas habían reemplazado a los anarquistas como fuerza dominante en Cataluña. ¿Sería Aragón el siguiente? José Peirats, el historiador anarquista, presenta el escenario. «En su discurso conmemorativo el 19 de julio de 1937, el Presidente del Gobierno de Aragón se mostraba extremadamente pesimista... "sería lamentable que alguien intentara causar problemas al [Gobierno de Aragón], para obligarle a sacar sus garras de hierro y sus dientes de acero"...»⁹⁷ En diciembre de 1936, el Gobierno acordó compartir algo de su poder con los miembros de otros partidos republicanos, pero los anarquistas mantuvieron su posición dominante. «Posteriormente, el Presidente informó sobre los logros obtenidos durante el primer año: la especulación y la usura habían sido suprimidas; se habían caminos y carreteras con la ayuda desinteresada de la milicia ... y los colectivos aragoneses, a pesar de sus deficiencias, eran la maravilla de la revolución».⁹⁸ Es evidente que con un estado de ánimo conciliador, el presidente hizo hincapié en que el derecho a cultivar de forma individual estaría protegido (así implícitamente admitía la generalizada violación de este derecho). Por otra parte, el Presidente podría alegar que existía un acuerdo firmado por todas las facciones republicanas de Aragón, que decía en parte: «El Consejo de Aragón, colaborará con entusiasmo con el gobierno legítimo de la República, incrementará la producción en la retaguardia, movilizará todos los recursos de la región para el esfuerzo de guerra, despertará el espíritu antifascista de las masas... y llevará a cabo una intensa purga en las zonas liberadas; impondrá un orden implacable y perseguirá a los fascistas que se esconden, a los derrotistas y a los especuladores».⁹⁹ Es difícil pasar por alto el tono totalitario de estas palabras.

Las protestas del Gobierno por su lealtad y espíritu ecuménico no le salvaría de una invasión de las fuerzas lideradas por los comunistas bajo las órdenes del gobierno central. Los comunistas deshicieron muchos colectivos, aunque fueran voluntarios (aun-

⁹⁷ Peirats, op. cit., p. 251.

⁹⁸ Ibid, p. 252.

⁹⁹ Ibid.

que como se ha señalado la «voluntariedad» de los colectivos era universalmente cuestionable). Bolloten resume un informe de la CNT de Aragón: «la tierra, los aperos de labranza, caballerías y ganado confiscados a los partidarios de la derecha fueron devueltos a sus antiguos propietarios o a sus familias; nuevos edificios erigidos por los colectivos, tales como establos y gallineros, fueron destruidos, y en algunos pueblos las granjas fueron privadas incluso de las semillas para la siembra, mientras seiscientos miembros de la CNT fueron detenidos».¹⁰⁰ Después de su ataque inicial, los comunistas retrocedieron un poco; allá donde los anarquistas no estaban en el poder, los comunistas estaban generalmente dispuestos a aceptar una forma más leve de colectivización.

Los apologistas del anarquismo con frecuencia apuntan al hecho de que muchos colectivos siguieran existiendo incluso después de que las fuerzas dirigidas por comunistas destruyeran el Gobierno de Aragón. Por ejemplo, Peirats nos dice que «El colectivo Penalba que, al comienzo de la revolución se componía de 1.500 personas de todo el pueblo, se redujo a 500 miembros. Es muy posible que esta segunda fase de la colectivización refleje mejor la sincera condena de sus miembros. Habían sido sometidos a una prueba severa y los que habían resistido eran colectivistas convencidos. Sin embargo, sería fácil etiquetar como anti-colectivistas a los que abandonaron los colectivos en esta segunda fase. El miedo, la coacción oficial y la inseguridad pesaron mucho en las decisiones de gran parte del campesinado aragonés».¹⁰¹ Merece la pena destacar el doble rasero que exhibe Peirats. Mientras que es extraordinariamente sensible a la coacción oculta que socava la voluntariedad de las descolectivizaciones, la enorme porra económica empleada en primera instancia para formar los colectivos apenas le incomoda. Incluso después de la destrucción del Gobierno de Aragón ¿No podría ser que algunos agricultores se hubieran quedado en los colectivos por miedo a su persecución posterior si la CNT recuperaba el poder? La entrevista de Fraser con Juan Martínez («un campesino que tenía una explotación de mediano tamaño ... y había pensado que las colectividades no eran una mala idea») confirma que ese

¹⁰⁰ Bolloten, op. cit., p. 529.

¹⁰¹ Peirats, op. cit., p. 258.

fue el caso. «La mayoría de la gente las dejó y estaban contentos de hacerlo. Los que se quedaron —aproximadamente una cuarta parte del número original— no estaban bajo presión para hacerlo; a nadie le importó, nadie trató de romper su colectivo. De hecho uno o dos de los campesinos con explotaciones más grandes dejaron su tierra en manos del colectivo porque les asustaba la idea de que la situación pudiera volver a cambiar...»¹⁰²

Bolloten resume con acierto la irrefutable crítica contra las colectividades rurales anarquistas, una crítica que no tiene que depender de testimonios o fuentes contaminadas por los comunistas:

«Aunque, teóricamente, durante la revolución española, la CNT y la FAI se opusieron a la dictadura estatal establecida por los marxistas, sin embargo, en muchas localidades establecieron una forma parroquiana de dictadura con la ayuda de grupos de vigilancia y tribunales revolucionarios. Aunque dicha dictadura fuera muy inferior al “concepto científico” de dictadura totalitaria definido por Lenin, la CNT y la FAI ejercieron su poder sin tapujos no sólo contra los sacerdotes y terratenientes, contra prestamistas y comerciantes, sino en muchos casos contra pequeños comerciantes y agricultores».¹⁰³ Dicha dictadura, sin duda, habría llegado a ser aún más atroz si los anarquistas hubieran conseguido convertirse en la potencia dominante en España; Bolloten cita numerosas publicaciones anarquistas que explican que las concesiones al voluntarismo y al individualismo eran un mero expediente temporal y que serían suprimidas en cuanto los anarquistas fuesen lo bastante fuertes como para poderseles desafiar.



¹⁰² Fraser, op. cit., pp. 392-393.

¹⁰³ Bolloten, op. cit., p. 78.

IV LA ECONOMÍA Y LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES

1. Antecedentes de la Guerra Civil: la Gran Depresión y el mercado laboral

Es imposible entender la economía de la Guerra Civil española sin tener en cuenta que, en 1936, España seguía padeciendo la Gran Depresión internacional. Si se asigna a la producción industrial española en el año 1929 un índice igual a 100, más tarde, en 1935, estaba estancada en un índice 86,9 a pesar de seis años de crecimiento de la población. En Cataluña, si uno de los índices de producción industrial en enero de 1936 era 100, vemos que en julio de 1936 la producción estaba por debajo de 82. En resumen, la producción al comienzo de la revolución estaba un 18% por debajo de la habida en plena depresión, en enero de 1936. El desempleo, cualquiera que sea la forma de estimarlo, era en correspondencia elevado.¹⁰⁴

Sea como fuere ¿Cuál fue la razón de la depresión previa a la guerra? Un amplio consenso de los historiadores económicos argumenta, en mi opinión de manera convincente, que la causa esencial de la Gran Depresión fue la contracción monetaria internacional de finales de los años 20 y principios de los 30. El libro *A Monetary History of the United States*¹⁰⁵ de Milton Friedman y Anna Schwartz fue el trabajo académico seminal que estableció la magnitud e importancia de la contracción monetaria en los Estados Unidos. Barry Eichengreen con su *Golden Fetters*¹⁰⁶ amplía en gran medida el argumento de Friedman y Schwartz a la economía inter-

¹⁰⁴ Para las estadísticas económicas, véase Thomas, op. cit., pp.962-973, y Fraser, op. cit., p. 235.

¹⁰⁵ Milton Friedman y Anna Schwartz Jacobson, *A Monetary History of the United States, 1867-1960* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1963). ¿Por qué una contracción monetaria causa desempleo o una pérdida de la producción? La respuesta corta es que si desciende la oferta de dinero, pero los salarios monetarios son rígidos a la baja, esto implica que dada la nueva oferta de dinero, el precio del trabajo es demasiado alto. El resultado es un «excedente de mano de obra» —resumen desempleo (involuntario).

¹⁰⁶ Barry Eichengreen, *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939* (Nueva York: Oxford University Press, 1992).

nacional, mostrando cómo el patrón oro re-establecido tras la Primera Guerra Mundial fue muy inestable y terminó produciendo una contracción monetaria internacional. En España no había patrón oro, pero los billetes de banco estaban respaldados por una reserva fraccionaria en oro por lo que estaban operando muchas de las mismas fuerzas.¹⁰⁷

La contracción monetaria es pues el primer síntoma que hay que buscar; pero cualquiera que sea la forma de medirla, no es lo que sucedió. España devaluó la peseta (un movimiento que hace que sea mucho más fácil evitar la deflación) al 79,5% de su paridad en 1930, y continuó devaluándola hasta que en 1935 el contenido de oro de la peseta era un mero 55,3% de su valor nominal. En cuanto a los depósitos bancarios de ahorro combinado (un componente estándar en la mayoría de las medidas de la oferta de dinero proporcionado por Thomas), se puede observar que la cantidad de depósitos en pesetas aumentó constantemente durante el período para el cual hay datos disponibles: a partir de 1.847 millones de pesetas en 1928 a 4.116 millones de pesetas en 1934. Del mismo modo, el número de pesetas necesario para comprar una libra esterlina (téngase en cuenta que el Banco de Londres se caracteriza por su rápida devaluación de la libra) aumentó de 25,22 pesetas en enero de 1930 de 36,00 pesetas en enero de 1936. En resumen, hubo una gran disminución en el valor internacional de la peseta, lo que refleja un gran aumento de la oferta monetaria que no fue característica de otros países durante esta época. Una pista final que confirma el hecho del elevado crecimiento de la oferta de dinero en España es que Madrid en el año 1936 se estima que tenía una de las mayores reservas de oro del mundo —precisamente lo que uno puede esperar de una nación que había reducido varias veces el contenido de oro de la peseta

¹⁰⁷ Para más información sobre el sistema monetario español, véase William Adams Brown, Jr., *The International Gold Standard Reinterpreted, 1914-1934* (Nueva York: Oficina Nacional de Investigación Económica, 1940), y Gabriel Tortella y Jordi Palafox, *Banking and Industry in Spain, 1918-1936*, en Pablo Martín-Aceña y James Simpson, editores, *The Economic Development of Spain since 1870* (Aldershot, Reino Unido: Edward Elgar Publishing, 1995), pp.490-520.

con el fin de eliminar las limitaciones institucionales al crecimiento rápido de la oferta de dinero—. ¹⁰⁸

Si la explicación monetaria estándar no puede explicar la depresión española ¿Qué otros factores podrían estar involucrados? Preponderan las evidencias que nos indican que los sindicatos españoles, de los que la CNT era el más importante, gracias a su intransigente militancia y su activismo, tuvieron éxito a la hora de conseguir aumentar los salarios reales en aproximadamente un 20 % de 1929 a 1936. ¹⁰⁹ Los cálculos de Tortella y Palafox revelan un 20,5% de aumento real de los salarios en la minería, un aumento del 17,6% en la metalurgia, un aumento del 19,9% en el sector textil (22,3% para las mujeres) y un aumento del 23,7% en la agricultura (aumento del 35% para las mujeres) durante el período 1929-1936. En su ignorancia y hostilidad emocional a la teoría económica clásica, los sindicalistas probablemente no se dieron cuenta de que la consecuencia necesaria de empujar los salarios reales muy por encima del nivel del mercado sería el desempleo masivo; pero ése fue de hecho el resultado. La creciente hostilidad a los empresarios, el sabotaje y demás, sin duda, dieron como resultado una disminución de la productividad marginal esperada del trabajo, llevando la prevalente escala salarial sindical aún más por encima del nivel de equilibrio del mercado.

Los sindicatos disfrutaron del amplio apoyo del gobierno. Paul Preston resume los decretos laborales de Caballero, muchos de los cuales mejoraron considerablemente la posición negociadora de los sindicatos. «El llamado Decreto de deslinde de los términos municipales impidió la contratación de mano de obra externa, mientras que los trabajadores locales en un municipio estuvieran en paro. Atacó al arma más potente que tenían los terratenientes, el poder de romper las huelgas y mantener bajos los salarios importando mano

¹⁰⁸ Bolloten, op. cit., p.143 afirma que España tenía la tercera mayor reserva mundial de oro. Eichengreen, op. Cit., Pp.352-353, indica que Bolloten se equivoca; de hecho, en 1936, España tenía la quinta reserva mundial de oro. (Una ligera complicación es el hecho de que las cifras de reservas de oro de la URSS dejasen de estar disponibles tras 1935, pero a menos que hubiera un gran cambio entre 1935 y 1936, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la URSS habrían tenido mayores reservas de oro que las de España).

¹⁰⁹ Véase Tortella y Palafox, loc. cit., P.511.

de obra barata». ¹¹⁰ Con ello hasta los sindicatos se dieron cuenta hasta cierto punto, de forma rudimentaria, que el aumento del precio del trabajo reducía la cantidad demandada. Por otra parte, hasta cierto punto también, los sindicalistas se dieron cuenta de que los sindicatos beneficiaban a sus miembros a expensas de otros trabajadores (preferiblemente no sindicalizados) a los que los elevados salarios dejaban sin empleo posible. Preston continúa, «Largo Caba- llero hizo algo que Primo de Rivera no había sido capaz de hacer: introdujo comités de arbitraje para los salarios rurales y las condi- ciones de trabajo, que antes habían estado sujetas únicamente al capricho de los propietarios. Uno de los derechos que se protegía ahora era la jornada de trabajo de ocho horas de reciente introduc- ción. Teniendo en cuenta que, con anterioridad, se esperaba de los braceros que trabajaran de sol a sol, esto significaba que los propie- tarios tendrían o bien que pagar horas extras o bien emplear a más hombres para hacer el mismo trabajo. [O producir menos, que fue probablemente la consecuencia más importante- Bryan Caplan]. Por último, con el fin de evitar que los propietarios sabotearan estas medidas con cierres patronales, un Decreto de cultivo forzoso les impidió dejar incultas sus tierras». ¹¹¹

Así aunque a principios de los 30 España evitara la contracción monetaria que plagaba a otras naciones, sufrió una depresión origi- nada por la militancia de sus sindicatos con la asistencia de las leyes laborales del gobierno de la República. Perturbados por la difícil situación de los trabajadores, los sindicatos y el gobierno intentaron con gran simpleza mejorar las cosas haciendo subir los salarios y dulcificando las condiciones laborales. El resultado necesario y em- píricamente observado fue el desempleo masivo; muchos trabaja- dores sencillamente no valían un precio más alto y así nadie decidió emplearlos. En lugar de culpar a los sindicatos y a un gobierno «pro-trabajo», muchos trabajadores en paro optaron por una mayor militancia e incrementaron su odio al sistema capitalista. ¹¹²

¹¹⁰ Paul Preston, *The Spanish Civil War, 1936-1939* (Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1986), p.21.

¹¹¹ Ibid.

¹¹² Kelsey, op. cit., documenta el crecimiento de la militancia de la CNT y de los demás sindicatos durante el período 1931-1936.

Quizá la crítica más plausible a las economías capitalistas es que a veces permiten que se pierda el trabajo y el capital. Dadas las circunstancias, uno podría esperar que en 1936 la toma de control revolucionario de las propiedades de los empresarios por parte de los trabajadores tendría que haber mejorado las cosas. Con todos esos trabajadores ociosos apoderándose de las fábricas vacías ¿No tendría que haber aumentado la producción? No lo hizo; tras el establecimiento del control de los trabajadores, el desempleo se hizo aún más severo a pesar del crecimiento monetario masivo de la economía de guerra y del servicio militar obligatorio. La siguiente sección investiga este rompecabezas en detalle.

2. La economía de la Guerra Civil: la colectivización, la inflación y el mercado negro

El rompecabezas de la colectivización urbana empezó desde el principio. Con un prevalente desempleo masivo, la CNT comenzó a cerrar plantas concentrando a los trabajadores en las más «modernas». La medida obvia habría sido abrir las puertas de cada colectivo a la masa de trabajadores desocupados e invitarles a elegir su nuevo puesto de trabajo. Pero los sindicatos insistieron en que de alguna manera las plantas más antiguas no eran «eficientes». No se hizo ningún esfuerzo por analizar la coherencia de este punto de vista; en particular, los sindicatos no mostraron comprensión alguna respecto de la diferencia entre la productividad media y marginal (la superior productividad media de las plantas modernas de ninguna manera demuestra que su productividad marginal fuera mayor y es la productividad marginal la que cuenta en las decisiones de «eficiencia»). Bolloten describe extensamente la decisión de efectuar cierres en masa: «Esos pequeños empresarios que son un poco iluminados, declaró Solidaridad Obrera, órgano anarco-sindicalista principal en España, comprenderán fácilmente que el sistema de producción de bienes en plantas pequeñas no es eficiente. La división de esfuerzos frena la producción. Operar un pequeño taller con métodos artesanales no es lo mismo que operar una planta grande que utiliza todos los avances de la tecnología. Si nuestro objetivo es acabar con los riesgos y las inseguridades del

régimen capitalista, entonces debemos dirigir la producción de una manera que asegure el bienestar de la sociedad».¹¹³ Al parecer, el bienestar de los trabajadores en paro no era causa de preocupación alguna; a pesar de los altos niveles de desempleo, la cuestión ni siquiera se planteaba. Bolloten da detalles de la ola de cierres de empresas. «De acuerdo con este punto de vista, los obreros de la CNT, arrastrando con ellos a los de la UGT, cerraron más de setenta fundiciones en la región de Cataluña y concentraron su equipo y personal en veinticuatro... En Barcelona, los sindicatos de la madera de la CNT y de la UGT —que ya habían establecido comités de control en cada tienda y fábrica y empleaban a los anteriores patronos como directores técnicos con el salario inicial estándar para los trabajadores— reorganizaron toda la industria mediante el cierre de cientos de pequeños talleres y concentrando la producción en las plantas más grandes. En la misma ciudad, la CNT llevó a cabo cambios igualmente radicales en el sector del curtido, reduciendo las 71 fábricas que había a 40, mientras que en la industria del vidrio, 100 fábricas con sus almacenes quedaron reducidas a 30».¹¹⁴ Se aplicaron medidas similares a las peluquerías, tiendas y salones de belleza; en el corte y confección, sastrería, metal, carpintería y oficios y artículos de cuero; en el sector de la confitería, la fabricación de calzado, metal y textiles, madera, albañilería, tintes, fabricación de pan, ebanistería y así sucesivamente.

Si bien este programa no hizo nada para aliviar el desempleo masivo, sí tuvo otras ventajas desde el punto de vista de los sindicalistas que conservaban su empleo. Ayudó a reducir la producción, les protegió contra la competencia, y por lo tanto mantuvo elevados los salarios. Además, contribuyó a centralizar cada sector económico, haciendo más fácil gestionarlos jerárquicamente, de arriba a abajo, y asegurar el cumplimiento de las órdenes de la dirección anarquista. Bolloten cita al simpático observador Leval. «La maquinaria se juntó en varios talleres, a veces en un solo taller. De esta manera, la regulación de la producción se simplificó y la coordinación de esfuerzos fue más eficaz».¹¹⁵

¹¹³ Bolloten, op. cit., p. 58.

¹¹⁴ Ibid.

¹¹⁵ Ibid, p. 59.

Según todas las crónicas, los trabajadores se subieron rápidamente el sueldo, redujeron su jornada laboral y mejoraron sus condiciones de trabajo. Un motivo obvio, como se mencionó anteriormente, era eliminar los beneficios contables haciendo subir los salarios hasta que no quedaran resultados susceptibles de tributación. Como escribe Fraser, «[Los colectivos] generaban poco o ningún excedente aparente, y menos aún, cuando estaban pagando salarios improductivos. Esto a su vez significaba que el dinero que se debía ir al fondo de crédito para financiar y eliminar las disparidades entre los colectivos se deterioraba». ¹¹⁶ Fraser resume la experiencia del secretario del colectivo de la CNT Joan Ferrer: «Los beneficios no eran un problema —no había ninguno, al menos hasta mediados de 1937, cuando Ferrer se unió al ejército—. Cuanquier excedente que pudiera haber era reinvertido en las empresas; aumentaron los salarios, las condiciones laborales mejoraron y se hicieron otras mejoras». ¹¹⁷ Los Decretos de Cataluña establecieron la semana de cuarenta horas y subieron los salarios un 15 por ciento, ordenando el reingreso forzoso de los trabajadores despedidos por razones políticas.

El problema fundamental que antes de la Guerra Civil era el mercado de trabajo, simplemente empeoró. Los salarios reales eran demasiado altos; en consecuencia, había un excedente de mano de obra o sea «desempleo». Cuando los trabajadores tomaron el control, simplemente agravaron el problema elevando aún más sus propios salarios, mejorando las condiciones de trabajo (al optar por más tiempo de ocio y menos productividad), aboliendo el trabajo a destajo (al elegir más tiempo de ocio y menos productividad) y así sucesivamente. La experiencia del miembro de la CNT y capataz de la industria textil Josep Costa fue tal vez más extrema que la de la mayoría. «El trabajo a destajo fue abolido, la semana laboral reducida a cuarenta horas (y pronto a muchas menos por la escasez de materias primas), se creó el “primer sistema de seguridad social de España”: jubilación con pagas íntegras, atención médica gratuita, medicamentos gratuitos, períodos retribuidos de baja por enfermedad, baja por maternidad retribuida (permiso retribuido de dos

¹¹⁶ Fraser, op. cit., p. 234.

¹¹⁷ Ibid, p. 221.

días para el marido por nacimiento de hijo), clínicas de especializados y partos —el régimen se financiaría mediante un gravamen por trabajador de cada colectivo que hubiera tenido beneficios—. Se creó un fondo para la cobertura del desempleo y se recolocó fuera del sector textil a una parte de los desempleados». ¹¹⁸ Nadie pareció darse cuenta de que las mayores retribuciones y las mejores condiciones de trabajo eran la razón principal de que hubiera un problema de desempleo.

No existía un recurso sencillo mediante el que los trabajadores sindicalizados pudieran haber conservado su privilegiada posición, mientras se creaban oportunidades para los innumerables trabajadores sin empleo. Podrían haber creado un régimen abiertamente de dos niveles: uno para trabajadores con antigüedad empleados antes de la colectivización en virtud del cual se les pagaría un salario alto y además participarían en los beneficios; y otro para los nuevos trabajadores que percibirían un salario bajo de equilibrio de mercado y que no participarían en los beneficios. Por supuesto que hacerlo habría requerido que los sindicalistas indirectamente admitieran que su militancia había creado los problemas de los que siempre habían culpado al sistema capitalista. Por otra parte, les habría obligado a abandonar su ética igualitaria. Era preferible dejar que una persona se pudriera en el paro que permitir la desigualdad.

La situación era esencialmente similar a la de un bufete de abogados moderno. Si cualquier abogado y secretaria novatos se convirtieran en socio de pleno derecho nada más contratados, habría muchos novatos y secretarías en paro. Los actuales socios querrían evitar diluir el valor de sus acciones y por lo tanto seguirían contratando bajo mínimos. Los bufetes de abogados modernos resuelven este problema mediante la aceptación de la desigualdad como un hecho de la vida; una parte de los beneficios se reserva para los abogados de élite y los otros empleados simplemente reciben un salario comparativamente pequeño. El carácter igualitario de las empresas españolas controladas por los trabajadores anarquistas las paralizó e impidió que pudieran decidir hacer algo así. En consecuencia, a pesar del crecimiento masivo de la oferta de dinero y

¹¹⁸ Ibid, p. 229.

del reclutamiento, el desempleo de Cataluña (completo y parcial, según Fraser) había aumentado de un índice de 100 en el periodo de enero a junio 1936 a 135,7 en diciembre de 1936 reduciéndose ligeramente hasta 123,6 en junio de 1937 y 120,1 en noviembre de 1937.¹¹⁹

En general, fue algo frecuente que los trabajadores urbanos sufrieran a consecuencia de la colectivización urbana. Pero durante las primeras etapas de la guerra, al menos algunos trabajadores urbanos parecía que habían claramente mejorado su nivel de vida. Estos fueron los trabajadores afortunados que ya tenían buenos empleos en buenas fábricas; mejoraron su situación con la toma el control de sus fábricas y al canalizarse hacia ellos los beneficios de su anterior empleador (con una combinación de aumentos de salarios, más beneficios laborales, mejores condiciones de trabajo y más tiempo libre). Los trabajadores que tenían puestos de trabajo en las fábricas marginalmente rentables se encontraron con que su condición era básicamente la misma que antes, sólo que ahora eran ellos, y no su anterior patrón, quienes tenían que estar preocupados por la quiebra. Los trabajadores en paro, a los que los elevados salarios impulsados por los poderosos sindicatos catalanes habían colocado fuera del mercado laboral, probablemente se encontraran con una vida aún más dura. Ya fuesen los capitalistas o los propios trabajadores quienes gestionaran las fábricas, la redistribución del trabajo desde los trabajadores en paro y no sindicalizados hacia los trabajadores ocupados y sindicalizados se mantuvo constante.

La difícil situación de los trabajadores del campo fue muy diferente. La redistribución no era normalmente de un trabajador rural a otro; más bien, la masa de trabajadores rurales fue explotada por la élite militar anarquista en su lucha por ganar la guerra. Por lo tanto, la gente con frecuencia vinculada la colectivización al llama-

¹¹⁹ Existe cierta evidencia de que las empresas controladas por sus trabajadores mostraron un ligero interés por los trabajadores en paro, ya que el desempleo total se redujo en un 10 por ciento mientras que el desempleo parcial se duplicó. Aún así, teniendo en cuenta el desempleo de niveles de depresión que existía al inicio de la guerra, el crecimiento masivo de la oferta de dinero, y la presencia del reclutamiento forzoso, un simple 10 por ciento de reducción (no una caída de 10 puntos porcentuales) en la elevada tasa de desempleo que había antes de la guerra es un resultado verdaderamente catastrófico.

do «esfuerzo de guerra»; los colectivos trabajarían duro, recibirían sus raciones y verían como les quitaban todo lo demás. Fraser resume la observación de Juan Zafón, Delegado de Propaganda del Gobierno de Aragón. «Municipios, libres e independientes, un colectivo que aboliese la explotación del hombre por el hombre, la estructura federal que une a cada pueblo con la comarca y la región, y que, después de atender a las necesidades de los pueblos y de los distintos frentes, canalizara el excedente producido al Consejo, que a su vez pudiera venderlo o intercambiarlo con otras regiones o con el extranjero; de todo esto se había hablado y escrito, pero hasta entonces no había sido más que una consigna».¹²⁰ Si prescindimos de las engañosas observaciones del delegado de propaganda sobre la «libertad» e «independencia» del municipio, la dura verdad se nos revela: los anarquistas se apoderaron del excedente de los agricultores, les dieron poco o nada a cambio y lo utilizaron para combatir en la guerra. La entrevista de Fraser con el militante de la CNT Ernesto Margeli respalda aún más mi tesis de que los anarquistas colectivizaron con el fin de mejor explotar al campesinado. «Conforme fueron llegando fuerzas de milicianos, el problema del aprovisionamiento se hizo más grave y como la desorganización del período inicial no daba paso a nada mejor, varios miembros de la CNT, incluyendo Margeli, se dieron cuenta de que se tenía que hacer algo. Estábamos viviendo un momento revolucionario; estaba en nuestras manos. Aunque la gente no estuviera preparada, teníamos que hacer la revolución ahora...»¹²¹ Si bien Margeli trató de convencer a los agricultores de que la colectivización sería más eficiente, pone bien a las claras que el impulso a su decisión vino de la necesidad de abastecer al voraz ejército anarquista.

Bolloten ofrece, una vez más, muchas evidencias, no contaminadas por fuentes comunistas, que prueban que la colectivización fue impuesta por la fuerza; por otra parte, se confirma que los anarquistas eran tan entusiastas con la colectivización porque estaban desesperados por obtener suministros y tenían la intención de extorsionar al campesinado para que les proporcionara lo que

¹²⁰ Fraser, op. cit., p. 351.

¹²¹ Ibid, p. 352.

precisaban. «En octubre de 1936, las requisas incontroladas de alimentos y animales por las columnas de milicianos, en su mayoría libertarios, había llegado a ser tan grave como para amenazar, según Joaquín Ascaso, presidente del Consejo anarquista, con la ruina total a la región. Esto, dijo, impulsó al Consejo a prohibir a las vanguardias de las columnas que hiciesen requisas sin su previa aprobación. Esperamos que todos, sin excepción, cumplan esta orden, evitando así la circunstancia lamentable y paradójica de que un pueblo libre acabe odiando su libertad y a sus liberadores y la no menos triste situación de un pueblo totalmente arruinado por la Revolución que siempre había anhelado».¹²²

Si se puede dar crédito a las estadísticas, hubo grandes diferencias entre las zonas urbanas y los sectores rurales de las regiones controladas por los anarquistas. Ambos sectores, es preciso recordar, comenzaron la guerra en condiciones extremadamente deprimidas; pero a partir de este punto de partida similar, su progreso fue bastante diferente.

El sector urbano, simplemente fue de mal en peor. Según Thomas, si el índice de producción industrial en Cataluña era 100 en enero de 1936. La producción fluctuó entre 100 y 94 hasta julio de 1936, cuando estalló la revolución. La producción bajó a 82, pero en medio del caos, de traspaso del control (de las empresas) y de lucha con los nacionalistas, esto es comprensible. Lo que no es comprensible es que la producción nunca se elevase por encima del nivel de julio de 1936 durante todo el tiempo que duró la guerra. Se redujo a 64 en agosto, se recuperó ligeramente a 73 en septiembre y luego fluctuó entre 71 y 53 hasta abril de 1938. En los últimos meses de control republicano en Cataluña, frente a la inminente invasión nacionalista, la producción se redujo aún más, fluctuando entre 41 y 31 hasta que cesó la recopilación de estadísticas económicas.

El sector rural, por el contrario, tuvo un desempeño mucho más variable. Las estadísticas agrícolas que maneja Thomas y que fueron recopiladas por un Ministerio de Agricultura Comunista, indican que en 1937 la producción en Cataluña fue un 21 por ciento inferior a la producción de 1936; un 20 por ciento mayor en Aragón, un 16 por ciento mayor en la zona centro y el 8 por ciento menor en

¹²² Bolloten, *op. cit.*, p. 524.

Levante (las cifras se ajustaron para dar cuenta de la captura de las tierras agrícolas por los nacionales). La colectivización estaba más extendida en Aragón, pero existía en todas partes, en cierta medida. A los apologistas de los colectivos anarquistas les parece que el aumento de la producción del 20 por ciento habida en Aragón es una prueba impresionante del valor de sus instituciones (el descenso igualmente drástico experimentado en Cataluña a menudo se descarta porque la colectivización fue menos completa allí que en Aragón). De hecho, debido a las condiciones deprimidas anteriormente existentes, cualquier sistema que hiciera uso de la tierra y de los trabajadores inactivos, aunque ineficiente, podría haber logrado grandes avances. Es más, como explica Thomas, «Por desgracia, el problema era que, aunque se hubiera conseguido un aumento en el trigo, como esas cifras sugieren, el aumento del consumo en vez del de la producción, la decadencia de los sistemas de transporte y distribución, el aumento de refugiados y la mayor demanda de alimentos que se impuso debido al bloqueo nacionalista, provocaron una escasez de alimentos en todas las ciudades de la república, excepto en Valencia».¹²³

Por supuesto, uno puede dudar de la veracidad de los números. Los colectivos urbanos sin duda deseaban subestimar su producción con el fin de vender más en el mercado negro. Los informes realizados por el Ministerio de Agricultura pueden haber exagerado la verdadera producción con el fin de que el experimento de colectivización de los anarquistas ganara favor.

Sin embargo, si consideramos que los números son exactos, en efecto, nos muestran un patrón interesante. Cuando los trabajadores en realidad tenían el control, la producción disminuyó de un 30 a un 40 por ciento por debajo de su nivel de depresión anterior. Cuando el control de los trabajadores era en gran parte ficticio, algunas veces la producción aumentó en un 20 por ciento —aunque eso sí, un 20 por ciento por encima del nivel de la depresión—. Los trabajadores urbanos que tenían realmente el control no tenían incentivos para aprovechar los vastos recursos no aprovechados; al hacerlo se limitaban a diluir el valor de la participación de cada trabajador. Por el contrario, los militantes anarquistas que dirigían

¹²³ Thomas, *op. cit.*, p. 559.